



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

**ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES
"ARAGON"**

**"LA VEJEZ EN LAS SOCIEDADES MODERNAS: UN
ACERCAMIENTO CONCEPTUAL Y EMPIRICO"**

ENSAYO MONOGRAFICO

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

LICENCIADO EN SOCIOLOGIA

P R E S E N T A:

RODRIGO SALGADO SANCHEZ

ASESOR:

TERESA DE JESUS PEREZ GUTIERREZ

OCTUBRE 1998

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

269104



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

Introducción	1
I. La vejez como un problema estructural de las sociedades modernas.	5
II. La representación del ciclo vital humano en las sociedades modernas: la vejez como construcción social.	9
III. El tiempo de la modernidad, el tiempo de la tradición y la desvalorización del pasado.	21
IV. La sociología positivista y la transición de las sociedades hacia la modernidad. El énfasis en las estructuras.	24
V. Modernidad e interacción en Anthony Giddens. A la búsqueda de un marco de interpretación de la vejez.	31
VI. Un primer acercamiento empírico: la experiencia de ser viejo en la sociedad mexicana .	43
VII. Conclusiones provisionales.	59

INTRODUCCION.

El presente ensayo monográfico es resultado del curso de actualización para egresados, organizado recientemente por la coordinación de la carrera de Sociología en esta institución, en un intento de ofrecer alternativas de titulación distintas a las tradicionales que, al mismo tiempo que permiten una actualización mínima de los egresados que hemos estado alejados de nuestra disciplina por largos años, posibilitan el acceso al grado de licenciado en un plazo limitado. Es sabido que nuestra carrera es, a nivel no sólo de la UNAM, sino nacional, una de las que tienen los más bajos índices de titulación y muchos egresados estamos recurriendo a las salidas institucionales que nuestra escuela está implementando para tratar de solucionar este problema.

El curso duró poco más de un año y representó una experiencia muy significativa para los que participamos en él. Descubrimos que los saberes teóricos y metodológicos que creíamos que seguían siendo válidos y que adquirimos a principios de la década de los ochenta, poco tenían que hacer en la realidad disciplinaria actual, sobre todo por su unilateralidad y cierto dogmatismo. Tuvimos entonces que hacer un esfuerzo para resignificar los retazos de conocimiento sociológico que todavía teníamos, en el intento de integrarlos dentro de los actuales marcos de nuestra disciplina. Descubrimos que la sociología se ha diversificado internamente cada vez más, y que esta diversificación, aunque tenía una íntima relación con los cambios de la propia sociedad, tenían que ver también con una profesionalización y especialización crecientes.

Uno de los ejes mas interesantes del curso fue precisamente el teórico-metodológico, que tradicionalmente es el que representa mas dificultades en la formación, dado el alto nivel de abstracción y especialización en el que se formula, nuestras fallas previas en los ciclos educativos por los que pasamos antes de llegar a la Universidad y, sumado a ello, por el alejamiento de los textos sociológicos en el que permanecimos durante años. Por todas estas limitaciones, no podemos afirmar que los manejamos a cabalidad, puesto que no hubo oportunidad de profundizar demasiado, ya que no fueron los únicos aspectos del

curso que teníamos que atender. Pero creemos que fue un logro interesante el saber, al menos, que la sociología se encuentra, junto con el resto de las ciencias sociales, en un momento de redefinición en el que los antiguos saberes se han cuestionado y en el que, en consecuencia, existe una búsqueda teórica, metodológica y empírica que está ensanchando los límites de nuestra propia disciplina. Tenemos claro que no estamos en condiciones aún de plantearnos estas cuestiones en un plano más fino y denso a la vez. Pero podemos, al menos, construir sociológicamente un problema y plantearnos posibles líneas de investigación empírica a futuro. Los resultados de este curso en nuestra formación están fijados todavía con alfileres, pero son un punto de partida a partir del cual conocemos ahora nuestras limitaciones.

Como muestran los desarrollos recientes de la teoría social, a la realidad sólo puede llegarse con la mediación de los conceptos. Ellos brindan la posibilidad de un primer ordenamiento sociológico al interior del cual puedan efectuarse búsquedas y líneas que nos permitan plantearnos un problema de investigación. Reconocemos estas limitaciones y, por ello, nos hemos propuesto un objetivo más bien modesto en este ensayo: construir conceptualmente un problema, ubicarlo sociológicamente dentro de una lógica global inteligible a nivel sociológico e identificar posibles líneas de indagación empírica.

Hacia los últimos módulos del curso encontrábamos algunas líneas teóricas significativas para cualquier campo de investigación. Entre ellas, la de Anthony Giddens nos pareció especialmente relevante para analizar múltiples aspectos de la vida moderna que, dado el predominio de las corrientes estructuralistas (de signo funcionalista, marxista o lingüístico) en las décadas anteriores, no han sido suficientemente analizadas. De sus planteamientos, nos estimuló sobre todo su análisis de las sociedades modernas y la conexión que tienen sus instituciones y dinámicas espacio/temporales, con aspectos de la vida cotidiana que aparentemente no tienen mucho que ver con el nivel macroprocesual.

Inicialmente, tratamos de orientar con estas perspectivas un análisis de la socialización y la familia a nivel de la interacción. Para ello intentamos auxiliarnos con clásicos

sociológicos importantes que también han sido recuperados por Giddens, como Georg H. Mead y Goffman, dada la importancia que le dan a los niveles microscópicos de la acción social. En determinado momento, y casi sin darnos cuenta, fuimos llegando a un aspecto particular que alude lateralmente al problema inicialmente planteado: los viejos. Veíamos en nuestras lecturas y acercamientos a la familia moderna, niveles que nos llevaban a reflexionar en la interacción que tiene lugar entre distintas generaciones al interior de ámbitos familiares que, en México, tenían un pie puesto en los vínculos comunitarios propios de la llamada familia extensa, y otro en una estructura nuclearizada que tiende a segregar las generaciones y reduce las relaciones sociales en su interior a los padres y los hijos, excluyendo a los abuelos de la interacción cotidiana.

Tuvimos que hacer también una serie de lecturas y acercamientos en torno a los cambios culturales que representó el acceso a la modernidad para nuestras sociedades, así como una entrada mínima a lo que ella implica a nivel de la experiencia del tiempo para los seres humanos. Esta línea es sugerida por el tratamiento que hace Giddens de la relación espacio/tiempo (y su redefinición, respecto de las sociedades tradicionales) como la característica central de las instituciones modernas. Este nivel del tema iba acompañado, tácitamente, de una reflexión acerca del pasado, acerca de la memoria, de lo recibido, de la tradición. Llegamos así a un punto en que fuimos avanzando más en esta zona que en el problema originalmente planteado. El resultado es que éste es un ensayo monográfico, no sobre socialización y familia, sino sobre las representaciones sociales de la vejez en la sociedad moderna.

La primera entrada fue, obviamente la sociodemografía y una serie de evidencias fácticas que muestran que la sociedad mexicana actualmente se encuentra en un proceso de transición a partir del cual está cambiando su estructura por edades y, desde luego, la relación entre generaciones. Posteriormente, y orientándonos en la definición de modernidad de Giddens, nos enfocamos a una arista del proceso que parece haber sido poco estudiada: los aspectos sociopsicológicos e interactivos de la experiencia de ser

viejo en una sociedad a medio camino entre la tradición y la modernidad, como es la nuestra.

El ensayo procurará hacer un tratamiento conceptual que toma como telón de fondo el cambio demográfico y sus consecuencias mas obvias a nivel estructural, para luego tratar de reflexionar sobre el impacto que tiene en la vida cotidiana de los ancianos. Para ello hicimos diez entrevistas a ancianos mayores de 65 años, cinco de los cuales viven con sus familias, cuatro en asilos y uno vive solo. La intención de buscar este tipo de testimonios es tener una referencia empírica *mínima* con la cual contrastar el marco de interpretación que proponemos, a fin de identificar posibles líneas de investigación sobre el tema.

Una vez terminado el trabajo y habiendo tenido la intensa experiencia de escuchar la voz de los viejos y cómo ellas muestran el debilitamiento de su identidad social, nos percatamos de que en la elección del tema jugo su papel, en principio de manera no consciente, el hecho de formar parte de una generación que justamente está enfrentando el envejecimiento y la muerte de sus padres. Los jóvenes y los adultos tendríamos que reconocernos en ese espejo futuro.

I. LA VEJEZ COMO UN PROBLEMA ESTRUCTURAL EN LAS SOCIEDADES MODERNAS. Una introducción sociodemográfica al tema.

Los cambios en la estructura demográfica de la población a nivel mundial implica un conjunto de problemas para las sociedades que han sido reconocidos como tales desde hace algunas décadas. El aumento de la esperanza de vida que ha tenido lugar a lo largo de este siglo, sobre todo a partir de la posguerra, la reducción del ritmo de crecimiento y el aumento de la escolaridad femenina son los factores causales que, desde un punto de vista demográfico, explican el incremento del número de personas senectas. Ya en 1990 los mayores de 60 años a nivel mundial eran 489 millones, de los cuales 293.4 (el 58%) vivían en países en vías desarrollo; los restantes 205.6 millones (el 42%) habitaban en países desarrollados¹. De acuerdo con las proyecciones de población de la ONU, en el año 2000 la población senecta ascenderá a 762.7 millones y a 1197 para el año 2005; el 72% de esta población vivirá en países en desarrollo. Proyecciones de mayor alcance en el tiempo sostienen que en el periodo que iría de 1950 a 2025 la población se habrá sextuplicado (Schulz, 1992).

Este fenómeno, conocido como *transición demográfica* (Benítez,) inicia en los países desarrollados desde el siglo XVIII, con el descenso de las tasas de mortalidad, lo cual tuvo como efecto incrementar el ritmo de crecimiento de las poblaciones desde finales del siglo XIX. Como es sabido, la fecundidad comienza a descender a nivel mundial, sobre todo a partir de la posguerra, haciendo más lento el crecimiento poblacional. Además “en las décadas sesenta y setenta la población en edad de trabajar de estos países (desarrollados) aumentó rápidamente, y con el paso del tiempo este grupo de población se ha ido incorporando paulatinamente a la llamada tercera edad” (Esquivel y Sánchez,

¹ Usamos estos términos por comodidad expositiva. No desconocemos el gran debate que ha existido en la teoría social acerca de la validez de esta distinción, pero no entramos en ella por rebasar los límites que nos hemos puesto en este trabajo.

1995). Esta transición, que en la mayoría de los países desarrollados ha concluido, comienza apenas en países en desarrollo como México.

La mitad de la población senecta vive en Asia, seguida de Europa y América del Norte. Para conocer el peso relativo de los viejos basta señalar que en los países desarrollados, en los cuales vive tan sólo el 23% de la población mundial, habita el 42% de los ancianos (ONU, 1991). El país que tiene la población senecta más grande del mundo es Suecia, donde representan el 17% de la población total y donde, además, esta población tiene grandes beneficios en las políticas de seguridad pública, a diferencia de lo que ocurre en países como el nuestro, en los cuales ni siquiera alcanzamos a satisfacer las necesidades de la población joven, por lo cual los recursos para atender a la senecta (considerada típicamente como improductiva) son verdaderamente escasos.

La implementación de políticas poblacionales a nivel mundial, siempre ha tenido por detrás la acción de organizaciones internacionales que se lo han propuesto como meta política. Las relacionadas con la población anciana no son ajenas a ello; para su caso la ONU ha emitido una serie de recomendaciones en las que se fundamentan múltiples políticas específicas para mayores de sesenta años, entre ellas la mexicana. El Plan Internacional sobre el Envejecimiento de este organismo internacional asume (a nivel declarativo) que los ancianos “deberán considerarse como parte integrante de la población y como un elemento igualmente necesario en el proceso de desarrollo. Las políticas a implementar, entre otras cosas tienen que garantizar el derecho de los ciudadanos de edad avanzada a una seguridad económica básica, derecho que han conseguido mediante la contribución efectuada en la economía nacional durante su vida” (ONU, 1991).

Por supuesto, dependiendo del desarrollo socioeconómico de cada país, el fenómeno del envejecimiento de la población presenta aristas distintas. Por ejemplo, en Francia el elevado número de personas de más de sesenta años, asociado a un ritmo de crecimiento poblacional bajo, implica desde hace tiempo serios problemas para satisfacer su demanda

de mano de obra, por lo cual este país ha tenido que recurrir a fuerza de trabajo migrante para dar salida al problema a nivel económico, lo cual le ha generado otros a nivel cultural, conocidos por todos.

México tiene una estructura de población de base amplia (integrada por la población joven) y cúspide relativamente estrecha (integrada por la población mayor de 60 años). La mayoría de la población de nuestro país tiene menos de 20 años (Conapo, 1994a). Considerando que el factor demográfico que determina la tasa de crecimiento de la oferta de mano de obra es la estructura por edad y sexo de la población, podemos explicarnos por qué nuestros problemas son muy diferentes de los del caso francés, a pesar de que también tenemos amplias franjas de población que han entrado ya en su séptima década de vida.

Los efectos del envejecimiento de la población parecen ser obvios, entre ellos podemos mencionar los cambios en la estructura del consumo y del gasto “..por ejemplo, un incremento en la producción de farmacéuticos y la declinación de servicios de educación y transporte..” (Esquivel y Sánchez, 1995). En sociedades fincadas en una economía de mercado, la población improductiva representa una gran carga, sobre todo a nivel de servicios de salud, puesto que hacen mucho mayor uso de ellos que los jóvenes. De hecho ha sido esta dimensión del proceso la que ha llevado a plantearse el envejecimiento de las poblaciones como un problema principalmente económico, lo cual ha implicado el estudio del asunto, sobre todo desde el punto de vista de las estructuras.

En nuestro país la población mayor de sesenta años representa un grupo particularmente pobre, en comparación con otros sectores. Ello hace que sea especialmente vulnerable y que carezca de los recursos económicos, políticos e incluso simbólicos, con los cuales afrontar el declive que indudablemente está asociado a la vejez. El recrudecimiento de la pobreza en América Latina, sobre todo a partir de la llamada “década perdida” de los años ochenta, ha vuelto aún mas insatisfactorias las condiciones de vida de los ancianos: “La adopción de modelos neoliberales cuyo efecto han sido los reajustes

macroeconómicos como la reducción de subsidios en alimentos, servicios urbanos y en general del gasto social, situación que ha provocado impactos negativos en las condiciones de vida de la población, afectando de manera particular (...) a la población de la tercera edad” (Esquivel y Sánchez, 1994: 105).

Hacia principios de siglo, un mexicano tenía una esperanza media de vida al nacer de apenas 30 años. Por supuesto, en el primer caso, apenas tenía sentido pensar de manera específica en la ancianidad, puesto que a ella llegaba un escaso número de individuos. En 1950 un varón recién nacido tenía una probabilidad de 44.9% de alcanzar los 60 años, mientras que si se trataba de una niña, la probabilidad aumentaba a 52.2%. En 1990 estas cifras llegaron hasta 73.8% y 83.7% (Conapo, 1994). Esto significa que en la actualidad la esperanza media de vida de los mexicanos alcanza alrededor de 70 años, esto es, cuarenta años más que la expectativa de vida al nacer que teníamos en el porfiriato.

Aunque sociológicamente esta dimensión del proceso de envejecimiento es especialmente relevante y aunque en los estudios sobre el tema siempre se hace alguna mención del problema adicional que representa para la población senecta, la existencia de representaciones, ideas y prejuicios sociales acerca de la vejez que hacen todavía más difícil su vida, éstas han sido poco estudiadas. Una de las intenciones de nuestro trabajo es precisamente no sólo reconocer que existe una gran devaluación social del ancianos, sino también tratar de explicar cómo es que ésta tiene lugar y, sobre todo, que peso tiene en el empobrecimiento de la interacción social y el debilitamiento de la identidad social de los ancianos. Una entrada necesaria para ubicar este problema es un trazo mínimo de los procesos culturales y societales, en un sentido amplio, a partir de los cuales las sociedades modernas se representan esta edad de la vida y en qué se distingue de otras. Pensamos que ello puede permitir identificar la especificidad y las implicaciones sociológicas que tiene en nuestras sociedades la experiencia de llegar más allá de la sexta década de vida. Nuestra pregunta de partida es ¿qué significa incrementar la esperanza de vida al nacer en la sociedad?. Antes que celebrar este logro, pensamos

que habría que cuestionarnos qué sucede con los individuos en esas décadas de vida recién conquistadas, cómo se viven, cómo se experimentan. ¿Para qué queremos vivir una vida mas larga?

Sabemos que hoy los individuos tienen una expectativa de vida muy superior a la que existía hace unos sesenta años. Nadie desconoce que esta modificación está profundamente asociada con los procesos de modernización que experimentó América Latina como región, sobre todo a partir de los años treinta. Para todos está claro que ello representa una profunda modificación a nivel estructural, pero pocas veces se hace alusión al hecho de que, en independencia relativa de este nivel, existe otro, probablemente más profundo, que atañe a las formas de vida y de interacción que los individuos involucran en sus vidas diarias. Vivimos más, pero ¿que tipo de experiencia social y personal implica esto? ¿realmente es una meta válida en sí misma vivir más años, sin problematizar el *cómo* se han de vivir esos años “extra”, por así decirlo?. Hay argumentos empíricos que permiten poner en tela de duda la validez automática de esta conquista, puesto que precisamente las últimas décadas de la vida suelen ir, digamos que en términos generales, de la mano de un empobrecimiento económico, social y afectivo que representa también grandes problemas sociales que atañen directamente a la familia, la socialización, la violencia social, etc. Las representaciones sociales que tenemos de las edades humanas están profundamente asociadas a lo interior, como veremos a continuación.

II. LA REPRESENTACION DEL CICLO VITAL HUMANO EN LAS SOCIEDADES MODERNAS: LA VEJEZ COMO CONSTRUCCION SOCIAL.

Los seres humanos no vivimos en estado de naturaleza; en nuestra vejez, como en cualquier otro momento de la vida, nuestra condición está asociada a la sociedad específica a la que se pertenece. Aunque tiene una indudable base fisiológica, ésta no es el único elemento que acompaña la ancianidad, por lo cual no se puede explicar sólo con

base en ella². En las sociedades modernas, el envejecimiento es un proceso de cambio físico, psicológico y social que en determinado momento³ está caracterizado por un deterioro global, que conduce a la muerte. Incluimos en nuestra definición el término deterioro a sabiendas de que involucra un elemento valorativo: el deterioro sólo puede establecerse en relación con una concepción, con una idea de lo que es positivo y de lo que es negativo. Las sociedades modernas, indudablemente conciben la vejez como un descenso social, como una desventaja. Ello por razones de las que hablaremos un poco mas adelante.

Nuestras *representaciones* de la vejez son ambiguas y esta ambigüedad destaca todavía mas en comparación con nuestras *prácticas*, en las cuales corroboramos cotidianamente el descenso social que representa llegar a edades avanzadas. Esta duplicidad puede mostrarse en dos ideas polares acerca de los viejos, que están presentes de muy distintos modos en el sentido común: por una parte, en una imagen sublimada, pensamos que los viejos deben ser ejemplo de virtud, serenidad y desinterés⁴; por otro, asociamos a los ancianos con inutilidad, con decrepitud, con devaluación. En ambas representaciones, la ancianidad parece estar fuera de la humanidad. Nada mas lejos de ello, como trataremos de argumentar en este apartado.

Hace ya casi dieciséis años, en 1982, la Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento fijó la edad de 60 años para identificar el inicio de la vejez. El conocimiento del sentido común nos indica que ese corte temporal está asociado a un declive fisiológico que,

² Esto no significa desconocer la inevitabilidad del deterioro fisiológico que acompaña las edades avanzadas, como han demostrado sobradamente los médicos, especialmente geriatras, neurólogos, psicogeriatras. Sólo queremos decir con ello que, siendo los seres humanos entidades biopsicosociales, cualquier intento de reducción de la vejez a su base física, resulta sumamente cuestionable.

³ El envejecimiento en sentido estricto comienza desde el útero materno. Un niño de dos años está mas envejecido que un bebé de meses. A este nivel el envejecimiento va de la mano del proceso de desarrollo individual, a nivel biopsicosocial. No obstante, llega un punto en este desarrollo en el que el cambio va de la mano con un deterioro global: es este el punto en el que nos ubicamos para elaborar nuestra definición.

⁴ En esta visión, pensamos en la vejez como una etapa de legítimo reposo, ocio y esparcimiento. En realidad, más bien suele estar relacionada con desestructuración psíquica, con depresión, con incapacidades crecientes y abandono. Cf. (Bouvoir, 1986). De hecho los viejos en nuestra sociedad representan una de las franjas de población mas vulnerables, por ejemplo, son los viejos los que padecen mas enfermedades mentales que cualquier otro grupo de población. (Krassoievitch, 1992). Pobreza, enfermedad, abandono y vejez, son casi sinónimos.

como tal, pareciera estar prefijado de manera natural. No obstante, un proceso de esta índole (como se dijo antes) aunque tiene una indudable base física, es fundamentalmente social, cultural y psíquico, por decirlo de una manera esquemática. El hecho mismo de que haya sido en una Asamblea Mundial el espacio en el cual se haya establecido un corte temporal específico para categorizar a la población como anciana, es un claro indicador de la *naturaleza* social de la noción de vejez.

La experiencia común y corriente de la vida humana ha mostrado siempre la inevitabilidad del cambio en el mundo social y natural. Las cosas, los animales, las plantas y las personas pasan por una especie de ciclo que tiene como centro la *temporalidad*, la evidencia de un antes y un después. Los infantes crecen y se vuelven adultos, al igual que los animales y todo ser vivo, pero sólo los seres humanos tienen conciencia de esta mutación y, en determinado momento de su desarrollo como especie, se la plantean como un problema que implica cambio de funciones, cambio de identidades, cambio de status al interior del grupo o de los grupos en los que se interactúa, a los cuales se le dan ciertas salidas sociales. Igualmente, en determinado momento del desarrollo de la sociedad, tiene lugar la construcción de nociones a partir de las cuales *se representa* la vida humana en función de una segmentación en momentos temporales diferenciados, surgiendo así nociones como infancia, juventud, madurez, edad adulta tardía, vejez; primera, segunda y tercera edad, etc.⁵

La idea de que la vida humana tiene etapas diferentes no es nueva. De esto dan cuenta los ritos de pasaje de una edad a otra que reportan los antropólogos sociales en las comunidades humanas conocidas más antiguas y de los rituales alrededor de la muerte, por ejemplo.⁶ Estos últimos tienen una estrecha conexión con los viejos, puesto que ellos

⁵ En *Historia de los Jóvenes*, obra de múltiples autores dirigida por Giovanni Levi, puede verse cómo este ordenamiento temporal de la vida humana en las representaciones sociales responde a una lógica precisa, al interior de la cual han de entenderse, tanto la juventud, como la vejez. Es decir, nuestras ideas modernas acerca de los jóvenes y los viejos (los "extremos de la vida") se explican a partir de los procesos culturales y sociales de las sociedades modernas. Cf. Levi G. et al, 1996.

⁶ No obstante la antigüedad, por así decirlo, de la división etaria, el contenido que las sociedades modernas atribuyen a ésta tiene su especificidad, la cual en términos generales implica una alta valoración de las edades tempranas, frente a una devaluación de los años tardíos.

se encuentran ante un fin inminente, ante un proceso lleno de ansiedad y angustia que es mejor o peor acompañado socialmente, dependiendo del contexto social e histórico en caso. No es igual, desde luego, afrontar este final en compañía de los miembros del grupo y de sus rituales, así como de creencias en el más allá, que afrontarlo en el aislamiento, el silencio y la soledad que imponen sociedades donde no se puede siquiera hablar de la muerte, como las nuestras (Elías, 1993). La secularización generalizada de la vida y las costumbres, así como el hecho de que la ciencia y la técnica han mostrado su incapacidad de producir certidumbres equivalentes a las de la religión y la tradición (como se pensó en algún momento) dificulta todavía más dar un lugar social a la muerte y, con ello, a los moribundos.

A diferencia de lo que ocurre en las sociedades modernas, la muerte era parte de la vida cotidiana en sociedades anteriores. Las personas esperaban como algo natural que algunos de sus hermanos o hermanas, hijos e hijas murieran durante sus primeros años. Veían a sus familiares sucumbir ante enfermedades fatales a una edad temprana. En nuestras sociedades la muerte se ha convertido en un fenómeno de la edad adulta tardía y la gente rara vez tiene que enfrentar la inminencia de la muerte durante su juventud o madurez, a menos que sea presa de enfermedades graves. A medida que la muerte se ha vuelto algo que le ocurre típicamente a los viejos o a los enfermos, ha ocupado un lugar periférico en la conciencia de los jóvenes y de la sociedad en general. Esto puede verse en nuestras prácticas alrededor de la muerte: la gente va a los hospitales a morir y empleados especializados se encargan de preparar sus cuerpos para el funeral e, incluso, éste es suprimido en muchos casos por la práctica, cada vez más socorrida, de la incineración; por otra parte, rara vez se habla directamente de la muerte individual y, en su lugar, se usan eufemismos como “pasar a mejor vida”, “fallecimiento”, “encuentro con el señor”, etc. Esto ocurre incluso en sociedades que, como la nuestra, dan un lugar importante a la muerte dentro de sus tradiciones y costumbres, las cuales la nombran *en abstracto*, nunca de manera individualizada.

Sabemos por los trabajos de los historiadores (Duby, 1987 y 1995) que a lo largo del tiempo las representaciones que las sociedades y los individuos han construido para dar cuenta de los procesos de cambio involucrados en los ciclos vitales de los actores, muestran una gran variación. Así, la representación de la vejez⁷ en sociedades preindustriales sedentarias, en las cuales la expectativa de vida de las personas apenas llegaba a la mitad de la tercera década (Romano, 1988), tiene un significado diferente al que le atribuimos hoy: llegar a una edad avanzada quería decir que el individuo había sobrevivido enfermedades, desastres naturales, guerras y una serie de riesgos que la sociedad no podía controlar. El anciano en estos contextos sociales era tenido en alta estima, se le consideraba como un sabio al que se le podían consultar problemas de difícil solución, era portador de la tradición.

Es indudable el aumento que los doscientos últimos años han significado en el control (hoy sabemos que relativo) del entorno y en la identificación y en algunos casos, previsión, de los riesgos potenciales a los que se enfrenta la sociedad (Giddens, 1990), pero ello nada tiene que ver ya con el saber acumulado y la experiencia del anciano, sino con la capacidad técnica de controlar (y como hemos probado sobradamente, también de destruir) el entorno.

Regresando a nuestro argumento, si consideramos además que las sociedades preindustriales tenían una cultura básicamente oral, en las que el cambio técnico era sumamente lento, podemos entender el gran valor social que se le asignaba a los pocos individuos que llegaban a edades avanzadas: las experiencias acumuladas en el proceso de vivir una vida larga proporcionaban un conocimiento social que era aplicable a múltiples problemas económicos, políticos, familiares, éticos y morales⁸. En este tipo

⁷ Lo mismo ocurre con la niñez, la adolescencia, la madurez, que son otras tantas formas como se representa la sociedad moderna el pasaje de los individuos por los distintos momentos del ciclo vital. Es sabido, por ejemplo, que la noción de infancia existe hace relativamente poco tiempo, en un sentido histórico de largo plazo. Más reciente aún es, desde luego, el conjunto de instituciones sociales, culturales y mercantiles que se han generado alrededor de cada una de estas categorías (Aries, 1991)

⁸ De este caso están excluidas las sociedades primitivas en las cuales las figuras principales son las del cazador y el guerrero. En ellas los ancianos, a causa de su debilidad y limitaciones físicas, representaban una carga, un objeto de desprecio excluido de todo poder, por lo cual solía ser eliminado ritualmente o

de sociedades, carentes de una cultura tecnológica altamente desarrollada, la valoración de los viejos estaba referida a la posibilidad de transmitir ese saber a la siguiente generación, contribuyendo así a la continuidad del pasado, el presente y el futuro anticipado que representa toda tradición. Este valor resulta especialmente relevante si consideramos que estamos hablando de sociedades donde tiene un escaso peso (o es inexistente) la cultura escrita.

Si bien nuestra sociedad mexicana no se encuentra entre las más avanzadas cultural, científica y técnicamente, tiene a las que sí lo están como su principal referente, como un espejo en el cual esperaría reconocerse en algún momento, independientemente de que existan condiciones objetivas para ello o no. Ello ha implicado, a nivel cultural y social, que pesen también en nuestras representaciones de las edades humanas, las construcciones y los conceptos que alrededor de ellas se han elaborado en las sociedades occidentales, sobre todo Estados Unidos, Inglaterra, Francia y, en cierto modo, España.

Siendo una sociedad parcialmente *destradicionalizada*⁹, por usar los términos de Giddens, en nuestras concepciones acerca de la vejez conviven, de una manera

abandonado en los caminos. Cf. Bize, P.R. 1976. En comunidades de extrema escasez, es relativamente común el maltrato de los viejos. Simone de Beauvoir cita la descripción que un antropólogo (Landor) hace en 1893 en una comunidad rural japonesa: "Al acercarme descubrí una masa de pelos blancos y dos garras, casi como delgados pies humanos con largas uñas ganchudas; había algunas espinas esparcidas por el suelo y suciedad amontonada en ese rincón; el olor era espantoso. Oí una respiración bajo esa masa de pelos. Los toqué, los aparté y con un gruñido dos delgados brazos huesudos se tendieron hacia mí y aferraron mi mano... la mujer no tenía más que la piel y los huesos, y sus largos cabellos y largas uñas le daban un aspecto aterrador... Era casi ciega, sorda, muda; sufría al parecer de reumatismo que le había dejado rígidos brazos y piernas; tenía señales de lepra. Era horrible, repugnante y humillante mirarla. No era ni maltratada ni cuidada por la aldea o por su hijo que vivía en la misma cabaña; pero era un objeto arrumbado, y la trataban en consecuencia; de vez en cuando le arrojaban un pescado" (Bouvois, 1986: 58). Aunque podemos tener ciertas reservas por las probables licencias literarias y dramáticas que se da el escritor, ilustran muy bien la relación que existe entre las estructuras sociales, las valoraciones y la vida cotidiana. Aunque un trato así horroriza a cualquiera hoy día, una mirada sociológica ha de ubicar este tipo de interacción en un contexto amplio a partir del cual cobra un sentido que va más allá de la moral y la ética.

⁹ Esto se refiere al hecho de que en nuestras sociedades coexisten, en una relación muy tensa, estructuras y formas de interacción propias de contextos tradicionales (preindustriales) y estructuras y formas de interacción correspondientes a contextos sociales asociados a contextos modernos. Uso aquí la categorización clásica de la sociología que trata de dar cuenta de la transformación de las sociedades a partir de esquemas duales (solidaridad mecánica/solidaridad orgánica; comunidad/sociedad, militar/industrial, tradicional/moderno) y que bajo diferentes nombres aparece en nuestros clásicos sociológicos: Emile Durkheim, Ferdinand Tönnies, Herber Spencer y Talcott Parsons. Dejamos de lado, por el momento, los aportes de autores contemporáneos, sobre todo Anthony Giddens, que llaman la atención sobre las

contradictoria, elementos propios de valoraciones que podríamos llamar tradicionales y elementos modernos que redefinen, desvalorizándolos, a los viejos. Por una parte, existe un discurso que (apelando a la buena voluntad) trata de reivindicar a las personas que tienen más de 60 años, precisamente bajo el argumento central de la *tradicón*: revaloración de la experiencia, del saber acumulado y reconocimiento del potencial social, cultural y psicológico que tienen los individuos ubicados en esta etapa vital. No obstante, a nivel de la interacción social, cultural y familiar cotidiana, vemos que los viejos son más susceptibles a la exclusión, al rechazo, a la desvalorización por parte de sus grupos de referencia, a la pérdida de vínculos sociales. Sólo existe otro grupo de edad en nuestra sociedad que tiene un nivel semejante de vulnerabilidad: los niños pequeños.

Esto no resulta extraño si consideramos que ninguna de las sociedades donde existían sistemas normativos que reivindicaban el valor de la vejez sobre cualquier otro estrato de edad y en las que, por lo tanto, llegar a una edad avanzada no era un descenso social, sino más bien una promoción, tuvo que lidiar con su incremento cuantitativo. Hay que recordar que lo escaso es, con frecuencia, lo más valioso.

El discurso que trata de dignificar la vejez, entonces, no corresponde con la realidad objetiva con la que se enfrentan los ancianos, dadas las condiciones sociales, económicas y culturales de nuestro país. Desde luego, esto implica una generalización que en cada caso concreto habría de matizar: no es igual la experiencia de la vejez para miembros de sectores de alto ingreso y nivel educativo, que la experiencia de los viejos adscritos a núcleos de población que, independientemente de la edad, son sumamente vulnerables, dado su acceso limitado a la educación y los bienes culturales, al empleo y, en general, a los satisfactores materiales y simbólicos básicos para una existencia aceptable. Queremos decir con lo anterior que no se desconoce que la población mayor de 60 años no forma un grupo homogéneo, y que existen distintos modos de vivir la vejez que están

limitaciones analíticas más importantes de estos conceptos, a la luz de las transformaciones sociales, políticas y culturales del siglo XX, principalmente la gran atención que dan al análisis de las estructuras, en detrimento de la interacción.

determinados por cuestiones económicas, sociales, culturales e, incluso psicológicas¹⁰. No obstante, el hecho de que al margen de estas diferencias, compartan la condición de pertenecer a un grupo escasamente valorado por nuestra cultura, autoriza su análisis como conjunto.

El desfase que existe entre nuestras prácticas cotidianas y el discurso sobre la vejez puede explicarse, parcialmente, por los cambios estructurales por los que ha pasado nuestra sociedad, sobre todo en los últimos sesenta años. La industrialización, el crecimiento urbano, el aumento de la escolaridad de los hijos frente a los de las generaciones anteriores, la mutación de las formas sociales y culturales de convivencia en el mundo rural, el cada vez mayor peso de la vida pública frente a la privada, la introducción de medios de comunicación masiva¹¹ (que transmiten información sin necesidad de interacción cara a cara), la mutación constante del conocimiento científico y la técnica, han generado una distancia muy grande entre el discurso sobre los ancianos y la realidad de su marginalidad y exclusión.

Desde luego, este proceso no ha sido lineal ni automático, sino que ha pasado por una serie de instancias (que podríamos llamar intermedias) entre las que destaca la familia y que también han sido redefinidas en el mundo occidental desde hace dos siglos¹². El viejo actual ha pasado desde un modelo de familia extensa vigente durante largos siglos, a un esquema de familia nuclear, aislada, con un número reducido de hijos, en el cual su rol social ha cambiado de manera significativa. En la familia extensa conviven varias generaciones bajo el mismo techo, el anciano tiene una función importante en la crianza y en la socialización de los nuevos miembros e, incluso, un papel económico. En la actualidad, esas funciones han cambiado, lo cual representa una pérdida en términos de

¹⁰ Entendiendo lo psicológico como un nivel que es, al mismo tiempo social. La construcción de las estructuras de la personalidad y de la identidad son procesos, por definición, sociales: la relación que tiene lugar entre un recién nacido y los adultos que se hacen cargo de él está definida por procesos de interacción a partir de los cuales se construye la identidad individual. Ver, Giddens, 1995, Mead, 1993, Eriksson, 1973.

¹¹ Entre los cuales destacan los impresos como una forma privilegiada de transmisión del conocimiento que excluye al anciano como fuente de autoridad y de saber.

¹² Cf. Lasch, 1984.

relaciones sociales para el anciano, y tienden a ser sustituidas por instituciones relativamente nuevas en nuestro país, tales como guarderías, jardines de infantes o escuelas¹³. Si consideramos que las relaciones sociales y familiares constituyen el eje de la identidad y el desarrollo psicosocial de los ancianos, podemos calibrar las dimensiones de este problema y sus efectos en términos de aislamiento, rechazo y deterioro psíquico.

Siendo la sociedad mexicana un país en el cual tienen todavía un peso importante los vínculos comunitarios que se expresan en la familia, el compadrazgo, los vecinos, los amigos, el arraigo geográfico, etc. es claro que la tendencia anterior no excluye el que, en determinados sectores sociales, los viejos (sobre todo si son mujeres) todavía vivan con sus hijos casados en la misma casa, tengan ciertas responsabilidades en el cuidado de los niños pequeños, en el trabajo doméstico, gocen de una gran estima social, etc¹⁴. Ello no obsta para que la tendencia que parece perfilarse como dominante a mediano plazo, sea la anteriormente descrita.

Asimismo, los cambios en el hábitat de las familias contemporáneas implican también condiciones nuevas en la existencia de los viejos. Por ejemplo, en entrevistas algunos ancianos reportan depresión, aislamiento y exclusión como resultado de ciertas incapacidades físicas que les imposibilitan los desplazamientos por escaleras, calles y ejes viales, lo cual acarrea un empobrecimiento de los vínculos sociales y una pérdida mayor aún de la autoestima. Igualmente, la sustitución de viviendas de tipo comunitario como las vecindades, por ejemplo, por edificios y viviendas con servicios altamente

¹³ Se debe mencionar que en algunos sectores rurales, el ser anciano sigue siendo causa automática de posesión de status al interior del grupo, como ocurre en las comunidades indígenas del sureste, en las cuales el anciano es altamente valorado como portador de la tradición. Esta valoración social va de la mano de una situación estructural en la cual no existe, por ejemplo, una crisis de retiro, puesto que todos los miembros del grupo participan en la economía comunitaria, por lo cual no existe la segregación que sí se da en contextos urbanos. Cf. Ramos Osuna, 1987.

¹⁴ Algunas investigaciones sociodemográficas reportan, sobre todo en los últimos diez años, un movimiento en medio del cual los hijos casados con familia que viven aparte, regresan al hogar paterno como una estrategia de sobrevivencia que les permite un paliativo económico en un contexto de crisis económica. No es claro todavía, el peso de los costos sociales, familiares y psicológicos que esta situación acarrea a los participantes en la interacción, en términos de conflictos, roces, competencia entre familias, redefinición de la autoridad, las lealtades, así como pérdida de autoestima para los hijos adultos que regresan a un status dependiente. Ver, como muestra de esta perspectiva: Villavicencio, 1995 y Villena, 1996.

individualizados, provoca una redefinición de las interacciones sociales en un sentido desventajoso para los viejos que de pronto se ven privados de los contactos sociales que a lo largo del tiempo les han dado identidad, tales como los de los amigos, los vecinos, los prestadores de servicios.

Asimismo, los cambios en el hábitat de las familias contemporáneas implican también condiciones nuevas en la existencia de los viejos. Por ejemplo, en las entrevistas algunos ancianos reportan depresión, aislamiento y exclusión como resultado de ciertas incapacidades físicas que les imposibilitan los desplazamientos por escaleras, calles y ejes viales, lo cual acarrea un empobrecimiento de los vínculos sociales, aislamiento y una pérdida mayor aún de la autoestima. Igualmente, la sustitución de viviendas de tipo comunitario como las vecindades, por ejemplo, por edificios y viviendas con servicios altamente individualizados, provoca una redefinición de las interacciones sociales en un sentido desventajoso para los viejos que, de pronto, se ven privados de los contactos sociales que a lo largo del tiempo les han dado identidad, tales como los de los amigos, los vecinos y los prestadores de servicios.

En otro orden está el problema de la jubilación, institución históricamente joven y propia de las sociedades industrializadas. La jubilación no es, como su raíz etimológica lo indicaría, una etapa de *júbilo*, sino un retiro de la vida productiva que atañe específicamente a los trabajadores asalariados que han entrado en la estrecha franja que tiene acceso a este derecho. La entrada a esta etapa es un acontecimiento que implica un descenso social y una desvinculación de la vida que se considera productiva en nuestras sociedades, que se agrava por la ausencia de ritos sociales de transición que permitan la preparación para esta condición existencial. No es extraño, en este sentido, que existan episodios depresivos graves y una alta morbilidad y mortalidad entre la población que ha dejado de trabajar definitivamente.

Esto se entiende si consideramos que la jubilación supone una pérdida de vínculos sociales, de autoestima, de ingresos y de opciones, sobre todo si pensamos en los

jubilados de países como México. Otra es la situación, desde luego, de los jubilados de países desarrollados que encontramos en algunas ciudades mexicanas donde encuentran una vida cómoda y barata en relación a su ingreso en dólares, como pueden ser Cuernavaca, Taxco, Oaxaca o Guanajuato. Las pensiones de nuestros jubilados no entran en esta categoría, como bien sabe cualquier aspirante a sociólogo.

Tan importante es la jubilación para la llamada tercera edad, que se ha tomado con frecuencia como criterio para establecer quién es senecto y quién no. La edad de inicio de la senectud es difícil de precisar, dadas sus grandes diferenciales psicológicas, culturales, sociales y económicas. No ocurre así con la jubilación, cuyo inicio se ubica al final de una vida laboral que dura entre 25 y 30 años, según nuestras leyes y siempre bajo criterios económicos y sociopolíticos como lo muestra, por ejemplo, la reciente reforma al sistema de jubilaciones del IMSS. Las características de la jubilación en general pueden describirse así: 1) es forzada, es decir, obligatoria; 2) tiene como causa básica la edad cronológica y no la capacidad productiva (es un válvula que resta presión al mercado laboral para posibilitar el ingreso de generaciones más jóvenes); 3) no es pactada entre empleado y empleador; 4) es brusca, no implica un proceso de transición y 5) invariablemente va de la mano de un descenso del ingreso. Es, por definición, un evento que moviliza un conjunto de representaciones sociales y psicológicas que afectan profundamente la identidad personal y social del jubilado, casi siempre de manera negativa.

Los cambios mencionados están comprendidos dentro de una **reorientación de gran escala dentro del sistema de valores y normas de la sociedad** y, por lo tanto, están asociados a un conjunto amplio de modificaciones en las vidas cotidianas de los individuos en las sociedades modernas. Entre ellos destacan por su relación con la situación de los ancianos, la sobrevaloración de la juventud (otra más de las construcciones sociales mediante las cuales la sociedad se representa las primeras décadas de la vida), la aparición de la jubilación (como un proceso y una institución social al mismo tiempo), la secularización de los valores y las creencias, así como (en

otro orden) la creciente valoración del conocimiento *experto*, sobre el conocimiento del sentido común (Giddens, 1990 y 1995).

En el presente trabajo trataremos de tomar este escenario como contexto para hacer un ejercicio de abordaje conceptual de la vejez como un fenómeno social con múltiples aristas, dentro del cual se intentará problematizar sociológicamente una de ellas: la que se refiere a las formas de **interacción y reconstrucción de la identidad** que experimentan los viejos en la vida cotidiana, tomando la dimensión de las estructuras sólo como un telón de fondo de este proceso, por razones que exponemos enseguida.

Los desarrollos contemporáneos de la teoría sociológica muestran que, más allá del nivel de las estructuras, existe otro nivel al que la sociología ha prestado menos atención, pero que es igualmente importante: el nivel de la interacción (Habermas, 1988; Giddens, 1990). Sin dejar de tomar como referente importante de la vida social a las estructuras, trataremos de centrarnos en la interacción, haciendo énfasis en el tipo de representaciones de la vejez en la que se nos ha socializado y sus diferencias con otras representaciones que han existido a lo largo de la historia, así como en el tipo de problemas sociales y cotidianos que suponen, tanto para los viejos como para el resto de las edades sociales.

Como se señaló antes, los cambios que las sociedades modernas han generado en la definición de las etapas del ciclo vital, así como en las valoraciones de cada una de ellas, se asocian a modificaciones muy amplias a nivel social y cultural, sin desconocer el económico. En el apartado siguiente tratamos de abordar una dimensión de este proceso que es muy importante para comprender el escenario global en el cual tiene lugar la desvalorización de la vejez, dado que ésta se relaciona con la acumulación de una experiencia y con una memoria que es incompatible con la razón, la ciencia y la tecnología, tal y como fueron definidas en la época moderna (Habermas, 1988).

III. EL TIEMPO DE LA MODERNIDAD, EL TIEMPO DE LA TRADICION Y LA DESVALORIZACION DEL PASADO.

Como es sabido, la época de la modernidad lleva las marcas de una idea de la historia, del tiempo, del conocimiento y de su relación con la sociedad que provienen de la Ilustración y que, en su conjunto, marcan las coordenadas a partir de las cuales las sociedades comprenderán el mundo y se comprenderán a sí mismas desde entonces.

La filosofía de la Ilustración inaugura la noción de *conciencia histórica* y, con ella, de una manera de concebir el tiempo que será muy distinta de la que existía en las sociedades tradicionales, en las cuales la experiencia temporal humana estaba profundamente vinculada con el *tiempo de la tradición*, el cual parte de la cancelación del futuro que representaba la espera del fin de los tiempos bajo la forma de juicio final (Duby, 1987 y 1995). Nos referimos aquí al hecho de que las sociedades tradicionales, fundadas en el discurso religioso, imponían una visión del mundo en la cual el futuro estaba cancelado, en la medida en que lo único que se proyectaba más allá del presente era el *juicio final*, entendido como el fin de los tiempos.

La vida humana era considerada aquí como un pasaje, una estación intermedia en el camino que conducía a la salvación o a la condena, estados ambos que representaban la inexistencia del futuro, tal y como lo concebimos ahora. La Ilustración destruye las esperanzas religiosas en el futuro y sienta algunas de las condiciones para el surgimiento de la sociedad, la historia y la política como campo de la probabilidad y de la razón humana que estaban prescindiendo de la historia sagrada (Koselleck, 1993).

Termina de este modo una historia humana de espera continua de los últimos tiempos y, con este final, surge una conciencia histórica inédita a partir de la cual los pensadores de la época se verán a sí mismos y a la sociedad como viviendo un *tiempo nuevo*, radicalmente distinto del anterior, caracterizado por la ruptura, por la constante aparición de la novedad. Se puede dejar de considerar, en este nuevo contexto, el cambio como

algo antinatural. Aquí es conveniente recordar que en el discurso religioso cristiano cualquier pretensión de cambiar es rechazada, puesto que el mundo se concebía como resultado de una voluntad creadora y divina omnipotente que, como tal, no se equivocaba. Cambiar implicaba así una crítica tácita, un rechazo a la voluntad de Dios.

En esta nueva idea del tiempo, la experiencia del pasado queda desacreditada y, en su lugar, se valoran la razón y la ciencia (Comte, 1959). El ciudadano emancipado de la sumisión absolutista y de la tutela eclesiástica, haciendo uso del arma universal del hombre, es decir, la razón (Cassirer, 1988) podría reformar su sociedad, sus instituciones, su cultura y, en consecuencia, podría también transformarse a sí mismo.

Estas expectativas están contenidas en la idea del progreso (Nisbet, 1996) que postula que la razón humana no está limitada de una vez y para siempre a un orden preestablecido. Los filósofos de la Ilustración (Belaval, 1987) pensaron que la mala organización de la sociedad era la responsable de las formas dañinas que asumían las instituciones. La exclusión del prejuicio, es decir, de los *juicios previos* del pasado, permitiría avanzar hacia un orden social racional en el que las leyes y las normas sociales se derivarían de los *juicios verdaderos* del hombre.

La experiencia del tiempo de la modernidad, a partir de entonces, ya no se entiende en el plural de las historias particulares, sino como un concepto general que encarna en la idea de progreso. El término mismo implica un movimiento hacia adelante, en el cual se delinea un antes y un después y en el cual, asimismo, este *después* tendrá mayor valor que el *antes*.

Así, en lugar del fin de los tiempos, tuvo lugar su apertura. Surge así la idea de *futuro* como una entidad colonizable (Giddens, 1990), como un estadio que puede ser conquistado, a condición de renunciar a los prejuicios del pasado y adoptar, en su lugar, los juicios de la ciencia. Modernidad y Tradición quedan así asociadas en una relación de incompatibilidad en la cual la primera tendrá mayor valor que la segunda.

La filosofía de la Ilustración se presentará como una filosofía de la *edad adulta* de los hombres: contra la oscuridad de los prejuicios, surgirán las *luces de la razón*, los juicios verdaderos de la ciencia. Es interesante ver cómo una de las herencias más importantes de la Ilustración es una noción peyorativa de prejuicio que hereda al sentido común de la época actual. Esta noción es construida en un esfuerzo de *distanciamiento* del pasado. Queda aquí cancelada la posibilidad de que los prejuicios (los juicios previos) sean verdaderos y se pensará que inevitablemente son falsos.

Frente a los juicios del pasado, la concepción moderna del mundo opondrá los juicios verdaderos del conocimiento racional. El futuro queda abierto aquí al actuar humano, a condición de que esté orientado por los juicios objetivos que produciría la ciencia social. El peso que tiene esta idea, no sólo en las concepciones acerca de las etapas del ciclo vital humano, sino en la sociología misma, queda de manifiesto en los esfuerzos de fundamentación de una ciencia sociológica que llevan a cabo Augusto Comte y Emile Durkheim. El primero, al rechazar los métodos metafísicos que creía obstaculizaban la producción de un saber positivo (científico), el segundo al demandar como la primera y más fundamental de las reglas del método sociológico *el desechar prenociones*. A pesar de la distancia que separa a estos pensadores, tienen en común el considerar que el conocimiento racional debe cortar de tajo con el saber tradicional, con los prejuicios del pasado y sustituirlos por los juicios de una ciencia sociológica que tenía la mirada puesta en el *futuro*.

Lo anterior es importante porque, como señalamos antes, la concepción social que hoy tenemos de la vejez no se explica por sí sola, sino que se ubica en un conjunto de cambios sociales, culturales y demográficos de *larga duración*, que se han convertido en mundiales o, como hoy diríamos, *globales*. Pensamos que una entrada posible al tema de la vejez es precisamente ubicarlo como una más de las múltiples manifestaciones que ha tenido nuestro acceso como sociedad global a la *modernidad*. Pretendemos abordar nuestro tema, partiendo de dos de las facetas más importantes de este proceso: el cambio

en la idea de la temporalidad y las implicaciones que ésta tiene en la interacción en la vida cotidiana.

IV. LA SOCIOLOGIA POSITIVISTA Y LA TRANSICION DE LAS SOCIEDADES HACIA LA MODERNIDAD. El énfasis en las estructuras.

En este apartado abordamos un aspecto de las ciencias sociales en general, y de la sociología en particular, que está profundamente asociado con nuestras concepciones acerca de las distintas edades de los seres humanos: *la orientación hacia el presente y el futuro y, en consecuencia, la desvalorización del pasado.*

Sabemos que sociológicamente la modernidad ha sido un tema central de nuestra disciplina desde el momento de su fundación. Augusto Comte pensaba que la sociología (o física social como pensó en llamarle en algún momento) era la vía para resolver la crisis de la sociedad europea. Recordemos aquí que este proyecto de sociología partía de un diagnóstico de crisis, cuyo origen encontraba este autor en la dispersión metodológica de la ciencia: mientras unas ciencias descansaban ya en el método científico (es decir, el de las ciencias naturales), otras todavía estaban en la metafísica. Esto acarrea *un desorden metodológico* que, a su vez, producía desorden intelectual que remataba en una crisis social. Así, Augusto Comte pensaba, como puede verse en su pirámide de las ciencias (Comte, 1959) que la reflexión sobre la sociedad debía sustituir sus métodos metafísicos por métodos positivos y, que cuando esto ocurriera, la ciencia y sus sabios tendrían *una unidad metodológica* que permitiría a la sociedad *saber hacia dónde dirigir sus esfuerzos.*

Basado en esta argumentación, Augusto Comte pensaba que la sociología sería la *suma y síntesis del conocimiento humano*, la disciplina que, al terminar con la dispersión metodológica, permitiría resolver la crisis social cuyo origen definía como *intelectual* (Ferraroti, 1982). Esto queda corroborado en el enunciado de la ley de los tres estados, que es una ley sobre el desarrollo, no de las sociedades, sino del *intelecto* humano. Por

ello, serían los científicos, los *sabios*, los encargados de identificar racionalmente las vías más adecuadas para efectuar la reforma social que resolvería la crisis. Este propósito fue el que animó su proyecto de sociología y, como lo muestra la historia de nuestra disciplina, fracasó entre otras cosas, por pretender que la sociología fuera una disciplina con jerarquía superior a las otras y no sólo una disciplina independiente y con igual status que las demás.

Tocaría a Emile Durkheim avanzar en el proceso de constitución de la sociología como una disciplina independiente, con un status ni superior ni inferior junto al resto de las ciencias. Alrededor de la figura de este autor, la sociología lograría insertarse como cátedra al interior de las principales universidades francesas para, posteriormente, constituirse en una disciplina institucionalizada, con tareas de docencia e investigación. Esto es importante porque sólo en este momento es posible la existencia de la sociología como *profesión* (Collins, 1997).¹⁵

Durkheim identifica un objeto propio para la sociología, distinto de los del resto de las disciplinas, sobre todo de la psicología. Para él, la sociología debe ocuparse de los *hechos sociales*, definidos como modos de actuar, pensar y sentir que tienen un poder coactivo sobre el individuo y que son independientes de sus manifestaciones individuales. Desde luego, esta definición implica la reivindicación de las premisas epistemológicas propias de la ciencia natural, por lo cual las reglas del método que propondrá reiterarán la necesidad de que los sociólogos se atengan a la *observación*, para evitar confundir los estados mentales del investigador con los hechos que trata de estudiar. A esto se refiere cuando, en su célebre texto *Las Reglas del Método*, sostiene que hemos de tomar los hechos sociales *como si fueran cosas*; cosa es en este contexto, todo aquello que no podemos conocer si no “salimos de nosotros mismos”, es decir, todo aquello que para poderse conocer requiere de que *desechemos nuestras prenociones*, es decir, nuestros juicios previos. Podemos ver en este planteamiento, la gran influencia

¹⁵ Steven Lukes aborda, en su monumental trabajo sobre la vida y obra de Emile Durkheim, las líneas generales de este proceso de institucionalización. Cf. Lukes, 1988.

que tiene la idea de prejuicio de la Ilustración que, como dijimos antes, los identifica necesariamente con juicios previos falsos, razón por la cual son un *obstáculo epistemológico* para producir conocimiento objetivo.

Señalamos este planteamiento por todos conocido, porque hay varios aspectos del mismo que creemos son especialmente relevantes para entender qué es lo que se juega a nivel de las concepciones y los valores sociales en el modo como la sociedad y los individuos concebimos la vejez y las demás edades de la vida. El **primero** es el considerar que el único punto de partida posible para la investigación es la *observación* implica que la indagación sociológica ha de limitarse al aquí y al ahora de esa observación, es decir, *al tiempo presente*. Desde luego, la sociología durkheimiana, al igual que la de Augusto Comte, piensan que la historia es una herramienta auxiliar en el trabajo sociológico, pero ello no obsta para que se postule que aquello que no es observable empíricamente, no es susceptible de ser conocido científicamente. En conjunto, todo lo anterior implica una desvalorización del conocimiento no científico, es decir, el del *sentido común* que es precisamente el que ha acumulado el individuo que ha vivido una larga vida.

Esto lleva las marcas de una concepción del mundo, propia de la modernidad, cuyo eje está constituido por la ciencia y la tecnología, definida en términos naturalistas. Como vimos en apartados anteriores, la ciencia se concibe como algo distinto y, por definición (Giddens, 1997), opuesto a la tradición, a esa orientación hacia el pasado que hace que los individuos otorguen continuidad a la experiencia presente y la de un futuro anticipado. Siendo los viejos portadores de un conocimiento de la realidad social, del mundo físico y de la interacción social acumulado a lo largo de muchos años, (es decir, siendo portadores de la tradición, de lo recibido, de lo dicho), su saber, en un contexto en el que los juicios racionales de la ciencia, los juicios expertos del saber racional especializado son los dominantes en la concepción del mundo (Habermas, 1992), es considerado de escaso valor y, por lo tanto, prescindible. En esta sociedad, que ha roto ya con la espera continua del fin de los tiempos, lo característico será la ruptura en la que una y otra vez aparecerá la *novedad científica y técnica*.

El segundo de los aspectos de los planteamientos durkheimianos¹⁶ que nos parecen importantes para entender las concepciones y las formas de interacción asociadas a la vejez en nuestra sociedad, es el hecho de que la definición del hecho social como el objeto de la sociología, implica dar una gran importancia al nivel macro, el nivel de las estructuras y grandes procesos que rebasan la voluntad individual, en detrimento del análisis de los aspectos microscópicos de la vida social, tales como la interacción y la capacidad de hacer que tienen los actores, aún en condiciones acotadas estructuralmente (Giddens, 1976).

Este tipo de supuestos pesaron mucho en la sociología académica de corte empirista o positivista en este siglo. Pero desde la Segunda Guerra Mundial, esta perspectiva fue cuestionada de manera generalizada, lo cual abrió la posibilidad de ampliar las orientaciones teóricas dentro de la sociología (Alexander, 1990). No pretendemos reseñar este proceso, de por sí complejo, sino únicamente tomarlo como un referente importante que permite entender por qué hoy podemos plantearnos el problema de la interacción como algo legítimo sociológicamente.

Desde este cuestionamiento, las sociologías de corte interpretativo, inspiradas en algunos aspectos del trabajo de gente como Max Weber, Alfred Schütz y George H. Mead, pudieron surgir como alternativa al estructural funcionalismo y, en general, a los modelos naturalistas dentro de la sociología (Giddens y Turner, 1990). Queremos llamar la atención solamente sobre un aspecto de este movimiento intelectual. Estas corrientes alternas comenzaron a llamar la atención sobre la acción, más que sobre las estructuras, sobre la comprensión, más que la explicación (Von Whright, 1979), con lo cual la

¹⁶ Además de Durkheim están en este caso autores como Talcott Parsons, para quien la acción humana se entiende en función de mecanismos homeostáticos que garantizan que la estructura de los sistemas sociales (compuesta de roles y status) se mantenga en equilibrio a lo largo del tiempo. Para este autor, lo decisivo en este sentido es un proceso de socialización mediante el cual, los valores que la cultura propone, son aprendidos en la interacción cotidiana en los sistemas de interacción y convertidos en motivos al nivel de la estructura de la personalidad. Existe aquí una relación lineal entre valores, normas, motivos y acciones (desempeño de roles) que, según Parsons, hacen que los sistemas sociales tiendan a la estabilidad. Cf. Parsons, *El Sistema Social*, 1984.

sociología pudo profundizar en el conocimiento de las **relaciones interactivas en la vida cotidiana**. Estos estudios nos permitieron reconocer que la vida social, más allá del nivel de los macroprocesos, implica interpretación, significación, capacidad de hacer. Permitieron pensar que, aunque los individuos estamos inmersos en un mundo de procesos y eventos que no controlamos, pero en el que tenemos ciertas alternativas de decisión que ponemos en marcha (nos demos cuenta o no) y que ponen de manifiesto nuestra capacidad (limitada) de hacer y de cambiar.

Estas corrientes fueron elaborando conceptos muy importantes para entender ese mundo ordinario, ese mundo de la acción y de la decisión individual acotada socialmente. Así, por ejemplo George H. Mead define la **interacción** como un proceso en el que nos relacionamos interpersonalmente y cara a cara con los otros, el cual está **mediado lingüísticamente**. En su importante obra *Espíritu, Persona y Sociedad*, nos hace ver que el individuo, desde que nace, se constituye en medio de una interacción comunicativa consigo mismo y con los otros. El individuo no puede existir sin un reconocimiento por parte de los demás, o lo que teóricos como Giddens llaman **reconocimiento intersubjetivo**, ni en ausencia de un **autoendimiento mediado socialmente**. Esto quiere decir que la identidad individual no puede construirse si no existe la presencia de vínculos sociales, de interacción cara a cara cercana, cotidiana y frecuente.

El ser humano, dice Mead, tiene la capacidad de simbolizar y actuar con otros y consigo mismo por medio de abstracciones que no pueden tener lugar si antes no existe lo social. Toda interacción implica entonces la interacción y, por lo tanto, toda interacción se da en el contexto de convenciones sociales aceptadas por un determinado grupo en una determinada sociedad. La obra de Mead permite pensar al individuo como una instancia que no puede existir sin procesos sociales por detrás (esto es, sin interacción) pero al mismo tiempo reconoce que la acción humana implica selección y creación, por lo cual no puede ser explicada solamente con base en los *hechos sociales, en las estructuras* como proponían Parsons o Durkheim.

Por eso Mead puede pensar en un actor que, aunque contribuye con sus acciones a producir y reproducir la sociedad, también la transforma al negociar normas y reglas en la vida cotidiana.

Estas serían para Mead mediaciones simbólicas que se van transformando a partir de la acción humana. Con estas ideas puede pensarse, como de hecho hacen autores como Habermas o Giddens en el actor, no como algo dado por las estructuras solamente, sino por procesos de interacción a partir de los cuales se va construyendo la identidad individual. A partir de estas ideas, sumadas a las de otros autores, podemos pensar aquella, no sólo como algo construido socialmente, sino como algo que va variando a lo largo del tiempo: no es igual la identidad del infante preescolar, que la del adolescente, o la del adulto en sus últimos años de vida. Cada uno de estos momentos implica interacciones diferentes, comunicaciones con diverso contenido y una redefinición constante de los papeles sociales y de la autoidentidad. Sobre esto volveremos más adelante.

Creemos que las reflexiones anteriores nos dan dos posibilidades analíticas para abordar el tema de la vejez en la sociedad moderna. La primera es considerarla como un *efecto* de procesos inevitables como el declive físico, la pérdida de facultades, la enfermedad, etc. La segunda es abordarla como un proceso que, si bien tiene innegables bases biológicas y fisiológicas, depende también de las concepciones sociales y de las formas de interacción cotidiana que existen en ámbitos como el trabajo, la familia y los grupos sociales en los que participan los individuos. La utilidad de este enfoque es relativa a esta dimensión y no implica necesariamente incurrir en el error de suponer que el nivel de las estructuras no tiene importancia en la vida social. Lo único que estamos haciendo es *seleccionar* un nivel analítico entre otros posibles para tratar de efectuar un acercamiento sociológico al problema.

Nos parece, para nuestro tema en específico (esto es, para el análisis de las concepciones y las formas de interacción asociadas a la vejez en nuestras sociedades) es más útil la segunda perspectiva, puesto que ella nos puede permitir la identificación de aquellos

aspectos de la experiencia de ser viejo en la sociedad que no se explican por la biología ni la fisiología, ni sólo por las estructuras. Algunos estudios de terapeutas geriátricos mexicanos, por ejemplo, sostienen que aproximadamente el 75% por ciento de los cambios relacionados con la edad pueden atribuirse al *envejecimiento social*, es decir, son producto de nuestras creencias, prejuicios y conceptos erróneos sobre la vejez (Krassoievitch, 1993). Esto quiere decir que muchas de las dimensiones de la experiencia de ser viejo no son naturales, sino sociales y, por lo tanto, potencialmente modificables.

Esto opera a nivel de la interacción cotidiana a través de una limitación social y también una *autolimitación* que experimentan los viejos, muchas veces por razones bienintencionadas, como el caso de los hijos que, preocupados por los posibles riesgos que corren sus padres ancianos que aún andan solos en la calle o que realizan actividades que, *a su juicio*, implican ciertos riesgos (como caminar por ejes viales, manejar en la ciudad de México, andar en peseros o viajar solos, entre muchos otros casos posibles), los limitan, en un intento de protegerlos que frecuentemente tiene efectos no deseados, o no previstos y que una vez ocurridos, parecen ser consecuencia de los años físicos. Así, los viejos se ven orillados a limitar sus salidas, sus contactos sociales, sus niveles de autonomía en cuestiones tan elementales como comer, vestir, decidir cuándo ir a un médico¹⁷, etc., con lo cual se **empobrecen sus relaciones sociales, se debilita su autoimagen, y se genera una actitud social de fatalismo frente a las consecuencias mas indeseables de la vejez.**

Autores como Anthony Giddens han analizado el conjunto de decisiones que los individuos nos vemos forzados a tomar en contextos donde la tradición y el saber del

¹⁷ En las entrevistas con ancianos puede observarse la tendencia a atribuir cualquier deterioro o afección física a la vejez misma, por lo cual se resisten a consultar a los médicos. El razonamiento de fondo aquí es que cualquier síntoma de enfermedad es **causado solamente por la edad**. Entra así el anciano en un círculo en el que no distingue qué aspectos de la enfermedad o el deterioro son inevitables y cuáles responden no tanto a causas físicas sino a una autoidentidad y a una imagen social empobrecida del anciano. Al interior de este círculo toman decisiones como no salir, no hacer comidas formales sino "comer cualquier cosa", no caminar, no hacer ejercicio y muchas más que, en conjunto, incrementan el deterioro.

pasado tienen un lugar sumamente reducido y, en su lugar, se han establecido *sistemas expertos* que organizan grandes áreas de nuestra vida cotidiana. Creemos que su perspectiva es un punto de partida muy interesante para un primer acercamiento conceptual del tema del cual, al mismo tiempo, puedan extraerse posibles líneas de investigación empírica sobre las formas de interacción y reconstrucción de la identidad asociadas a la vejez en nuestra sociedad mexicana.

V. MODERNIDAD, IDENTIDAD E INTERACCION EN ANTHONY GIDDENS. A la búsqueda de un marco sociológico de interpretación de la vejez.

Anthony Giddens es un sociólogo inglés que empezó a ser conocido por un trabajo que actualmente es considerado un clásico contemporáneo “Las nuevas reglas del método sociológico”, texto en el que, como su nombre lo sugiere, revisa críticamente la sociología de corte naturalista y plantea la necesidad que la sociología tiene de reconocer, no solamente los macroprocesos, las estructuras, sino también el nivel de la interpretación, la interacción, el sentido común y la vida cotidiana (Giddens, 1976).

Desde entonces, por lo menos por lo que puede verse por las temáticas de sus textos más conocidos, ha tenido un interés permanente por la reconstrucción de la teoría sociológica y, más recientemente, por el estudio de las formas de interacción, la vida cotidiana y la intimidad en las sociedades modernas. No pretendemos, en modo alguno, profundizar acerca de estos temas, con lo cuales además apenas nos hemos puesto en contacto gracias al curso del programa de titulación. Trataremos sólo de auxiliarnos en la reflexión sobre nuestro tema, con dos textos de este autor que son especialmente significativos: *Consecuencias de la Modernidad* y, por otra parte, *Modernidad e identidad del yo*, ambos publicados en español entre 1990 y 1995, muy poco tiempo después de haber sido editados en inglés.

El autor parte de un marco teórico al interior del cual el problema de las estructuras se plantea de un modo distinto al que está presente en nuestros principales clásicos

sociológicos, como Talcott Parsons, Emile Durkheim o Karl Marx, para los cuales aquéllas son elementos macroprocesuales que son externos a los actores y completamente ajenos a su actuar. Así, por ejemplo, Parsons plantea la construcción de la personalidad como un proceso lineal que está determinado por la cultura; Durkheim piensa los hechos sociales como cosas externas e independientes de la subjetividad y Marx aborda la lógica de la historia desde el a-priori de la determinación económica, el cual está contenida en una de sus ideas más célebres: los hombres hacen su propia historia, pero al interior de condiciones y procesos que no comprenden y que no controlan.

Giddens plantea la unilateralidad de esta manera de entender lo social y propone, en lugar de la noción de estructura, la idea de *estructuración*, con la cual trata de reconocer a nivel analítico la **capacidad de hacer que poseen los actores**, sin desconocer el peso de los elementos que no controlan ni están sujetos a su voluntad. Anthony Giddens sostiene que los actores tienen cierta libertad, cierta capacidad de decisión en sus vidas cotidianas. Por ejemplo, pueden negociar normas, pueden leer o dejar de leer, ver televisión o apagar el aparato, seguir un proyecto o abandonarlo, buscar un empleo (aunque no lo encuentren) o ni siquiera intentarlo. La capacidad de hacer de los individuos es para este autor, capacidad de decidir y elegir, reconociendo con ello una de las experiencias más comunes de cualquier persona en nuestras sociedades: la de ser libres y no ser libres al mismo tiempo. Este reconocimiento no implica negar el peso de las estructuras, el cual está presente en el hecho de que existe una gran distancia entre elegir y actuar con eficacia según la decisión, en el hecho de que raramente conseguimos exactamente los resultados que buscamos con nuestro actuar.

Por lo anterior Giddens habla, no de estructuras, sino de *estructuración* a partir de los cuales los individuos constituimos lo social y, en cierto modo, modificamos algunas dimensiones de las estructuras, aunque ello parezca muchas veces imposible desde el punto de vista del sentido común. Pensemos en una norma que regula la interacción familiar; más específicamente la regla “llegar a cierta hora” que se aplica a los hijos

adolescentes. Pareciera que la regla no cambia y que el poder coactivo de la estructura familiar es igual que el que tenía hace una generación. Pero una mirada mas detenida sobre el asunto, que se ubique más allá de la temporalidad limitada de una vida humana, nos muestra ciertas diferencias: los mexicanos que hoy tienen, digamos 50 años, pedían permiso para llegar tarde; los que tienen alrededor de 35 avisaban que llegarían más allá de la hora permitida y los adolescentes actuales, muchas veces ni se toman la molestia de notificar que no llegarán.

Entonces, aunque desde la temporalidad de una vida individual pareciera que la sociedad no cambia, si cambia y en este proceso cuenta mucho la acción individual, la negociación de normas, las elecciones personales, etc. Para dar cuenta de esta peculiaridad de las sociedades modernas, Giddens habla de la *dualidad de la estructura*, queriendo decir con ello que las estructuras son ambiguas, que no sólo coaccionan externamente, sino que también posibilitan, permiten. Desde luego, un adolescente en una familia tradicional que sea reprimido por llegar tarde, sólo verá la capacidad coercitiva de la estructura familiar, pero ésta es también la que le posibilita, por ejemplo, estudiar sin tener que trabajar en vez de limpiar parabrisas. Dejamos de lado, por el momento, el problema de la pertinencia de este planteamiento (hecho desde una sociedad desarrollada) en sociedades como la nuestra, que indudablemente dejan un lugar reducido a la elección individual, pero que tampoco la omiten (Cohen, 1996)

Esta manera, expuesta muy esquemáticamente, de entender la relación entre acciones y estructuras ocupa un lugar muy importante en la caracterización que Giddens hace de la modernidad, en la cual también toma como referente central las tesis de los clásicos sociológicos. Lo primero que hace en *Consecuencias de la Modernidad*, es preguntarse que entendemos por modernidad. Su respuesta es que la **modernidad** son los modos de vida y organización social que surgen Europa desde el siglo XVIII en adelante y cuya influencia se ha convertido en mundial. Esta definición asocia la modernidad al **tiempo y al espacio, es decir a un momento histórico preciso y a una localización geográfica particulares.**

Esto se refiere al hecho de que la sociedad moderna es la única en la historia que ha implicado globalización, mundialización y a su tesis, según la cual el dinamismo de la modernidad radica en la manera como ha interconectado espacio y tiempo. En las sociedades tradicionales, la interacción social estaba vinculada al lugar geográfico, al “locus” de la acción, el tiempo era impreciso y variable y su medición necesariamente tenía que referirse al “cuándo” y al “cómo” de la acción. La invención del reloj mecánico implicó la construcción social de una noción de tiempo “vacío” que conduce, posteriormente, a una homologación mundial del tiempo que se convierte en la base del control del espacio. Este ha dejado de ser un lugar geográfico para convertirse en un lugar social que puede estar desconectado de éste, como ocurre, por poner un ejemplo, con el espacio cibernético de una computadora conectada a una red, en la cual puede haber interacción sin necesidad de que los participantes en ella tengan un vínculo “cara a cara” ni compartan un espacio físico. De esta manera, razona Giddens, la modernidad configura un espacio independiente de cualquier lugar físico.

En este contexto, las relaciones sociales se reestructuran en indefinidos intervalos espaciotemporales que tienen una importancia crucial en las sociedades modernas: “... la separación del tiempo y el espacio proporciona una base para su recombinación en lo que respecta a la actividad social. Esto queda fácilmente demostrado por el ejemplo del horario. Un horario, tal como el listado de llegadas y salidas del tren, puede parecer a primera vista, un mero listado temporal, pero en realidad es una estrategia puesta en marcha para la ordenación del tiempo y el espacio, al indicar tanto *dónde* como *cuando* llega este transporte y como tal, como estrategia, permite la compleja coordinación de los trenes, sus pasajeros y carga, a través de largos trayectos de tiempo-espacio” (Giddens, 1990: 31). Este autor acuña el término *desanclaje* para dar cuenta de este proceso, el cual tendría dos mecanismos principales: 1) las señales simbólicas y 2) los sistemas expertos. Las primeras son medios de intercambio que no coinciden con las características de los individuos o grupos que los manejan, como el dinero o la influencia, es decir, son intercambiables en una gran diversidad de circunstancias; los

segundos son logros técnicos que organizan grandes áreas del entorno en que vivimos, como las comunicaciones masivas, las computadoras, los sistemas técnicos en general. Impregnan prácticamente todos los aspectos de la vida social en condiciones de modernidad (alimentos, medicinas, edificios, transporte, comunicaciones, etc.) Para Giddens los sistemas expertos y las señales simbólicas son medios de distanciamiento entre tiempo y espacio y “permiten la verificación de transacciones entre agentes ampliamente separados en el tiempo y el espacio” (Giddens, 1990:34). Llega así a la conclusión de que el desanclaje tiempo/espacio que posibilitan las modernas economías monetarias es superior a cualquier otra civilización en la que haya existido dinero y que a él se debe el extraordinario dinamismo que tiene la sociedad industrial.

Las sociedades modernas tienen una orientación temporal de *futuro* y para ellas, el conocimiento que cuenta es el conocimiento experto (al cual se postula como superior al del sentido común), el cual ha permitido que (según una tesis muy controvertida del autor) estas sociedades sean las más seguras que han existido en toda la historia. Cita para demostrar esto una larga serie de indicadores entre los cuales destacan el descenso de la mortalidad, el incremento de la esperanza de vida, las vacunas, los avances de la medicina, el control de la ciencia y la técnica sobre la naturaleza (a la cual denomina *naturaleza socializada*), comparándolos con las condiciones de vida de sociedades premodernas en las que la vida era insegura, los recursos limitados y las expectativas de vida sumamente reducidas.

Tratando de hacer contrapeso a su discutido optimismo, Giddens reconoce que, el precio de lo anterior ha sido un incremento en el nivel de los *riesgos institucionalizados potencialmente graves*, tales como las guerras, la destrucción del medio ambiente, los desastres nucleares, etc. que tendrían funestas consecuencias a nivel planetario. El conocimiento experto no está en condiciones de desaparecer estos riesgos, pero al menos puede preverlos, argumenta el autor. Este conocimiento da lugar a una *reflexividad institucional* que implica el uso regulado del conocimiento de la vida social como, por ejemplo, en la prevención de desastres o la anticipación de tendencias demográficas

potencialmente conflictivas (como el ritmo de crecimiento poblacional a nivel mundial, o el aumento de la población mayor de sesenta años, que es el caso que nos ocupa ahora).

En las sociedades modernas, la tradición se desgasta y con ella, se devalúan todos sus portadores, incluyendo la religión, la metafísica y, desde luego, los ancianos. Las certezas de la tradición, no obstante, no tienen sustitutos equivalentes en los modernos sistemas expertos ni en las señales simbólicas. Ante la ausencia de certezas ontológicas, éticas y existenciales, los individuos se ven obligados, lo sepan o no, a tomar decisiones asociadas a espectros de alternativas (mas o menos limitados según el tipo de sociedad en caso). Muchas de estas decisiones tienen como referente el *saber de los expertos*, el cual permite evaluar riesgos, sopesar distintas versiones de ese saber y tomar una decisión.

Giddens llega así a la tesis según la cual las sociedades modernas son sociedades en las que la reflexividad es una de sus características principales. En la vida cotidiana esto se manifiesta, como se dijo antes, en el peso que tiene el conocimiento experto sobre el conocimiento del lego, del hombre común y corriente. Este saber obliga a la decisión, si consideramos que lo encontramos en diferentes versiones: un día los médicos dicen, por ejemplo, que el vino produce infartos, algunos meses después surge otra versión según la cual los previene y más tarde puede surgir otra para la cual no existe ninguna relación (positiva o negativa) entre tomara vino y estar expuesto a infartos. Como la medicina, en este caso, es un saber que no equivale a las certidumbres de la tradición, al actor lo único que le queda es tomar su decisión de manera individual y asociada a un estilo de vida, dependiendo del cual fumará, correrá en motocicleta, tomará alcohol o drogas o evitará hacerlo, recurrirá a la medicina tradicional, a la homeopatía o a la medicina moderna, comprará un seguro para el auto o lo bendecirá en La Villa, etc. Estos eventos son vistos por el autor como decisiones que cotidianamente tomamos los actores y de las cuales nos percatamos a nivel de la conciencia práctica.

La imagen de conjunto que ofrece todo esto es la de una sociedad de modernidad avanzada en la que el mundo es mucho mas abierto y contingente de lo que parecía ser en

las teorías de los clásicos de la sociología. Para Giddens el mundo moderno es un mundo que combina por igual oportunidad y riesgo y en el que algo decisivo en la vida cotidiana es la ausencia de certidumbres, y lo es porque ello conduce a la decisión entre distintas alternativas: “Todos nosotros, lo queramos o no, estamos atrapados en un grandioso experimento *que es obra nuestra -en tanto que agentes humanos -y* al mismo tiempo, en un grado imponderable, escapa a nuestro control. No es un experimento en el sentido del laboratorio, porque no gobernamos los resultados dentro de parámetros fijos; es más bien como una aventura peligrosa, en la que todos nosotros tenemos que participar, lo queramos o no” (Giddens, 1997: 79).

El alcance de este “experimento” llega hasta la vida cotidiana, impacta rasgos íntimos de la vida personal y de la interacción. La tradición en este escenario, tiene cada vez menos significación, puesto que la organización de la vida diaria por las instituciones de la modernidad (el reloj, el estado, la ciudad, los sistemas expertos, las señales simbólicas) ya no depende del conocimiento del pasado, sino del presente y de sus tendencias a futuro.

El conjunto de los procesos descritos hasta aquí, tiene grandes impactos en la interacción cotidiana y, por ende, en la vida de los actores como individuos. A la reflexividad que acompaña a las sociedades modernas, Giddens asocia la presencia de procesos sociopsicológicos inéditos que arrojan luz sobre la manera como las personas experimentan sus vidas en estas sociedades destradicionalizadas. Queremos llamar la atención sobre uno de estos procesos, **por la particular relevancia que tienen para entender la experiencia y la interacción en la vejez en nuestras sociedades: nos referimos a lo que Giddens llama la construcción reflexiva del yo.**

Vivir en este mundo moderno (contra la imagen de futuro de la sociología clásica que veía una sociedad controlada racionalmente) supone riesgos institucionales permanentes, así como una abanico (limitado) de actuaciones potenciales para los actores. Cada uno de los puntos de este espectro implicaría riesgos determinados que imprimen a la vida

peligros, miedos y angustia de manera cotidiana. Una pregunta obvia es ¿cómo es posible que, bajo estas condiciones, los seres humanos seamos capaces de interactuar con otros, cumplir nuestros papeles y vivir nuestras vidas? En la respuesta a esta pregunta, Giddens ha considerado necesario poner en relación el pensamiento sociológico con aportaciones y perspectivas provenientes de otras disciplinas, especialmente de la psicología social.

Bajo estas presuposiciones, Giddens aborda el terreno de la identidad individual y social en las sociedades modernas. Giddens parte del supuesto de que la personalidad individual, el yo, tiene características peculiares en la época moderna. Tomando como base su idea de que la modernidad implica, por definición, cierta reflexividad, sostiene que la formación de la identidad tiene lugar en contextos de interacción cara a cara, en los que la relación que se establece con los otros, las expectativas mutuas, son la condición de existencia de un yo, distinto y separado de los otros.

Así, si los seres humanos nacen en un estado de indiferenciación en el que no existe un límite dentro/fuera y, por lo tanto, no nacen con una identidad, con un yo, la interacción que desde el momento de nacer establecen con los otros permite que, a lo largo del tiempo, se vaya dando una diferenciación a partir de la cual comienzan a construirse límites que distinguen al niño de los adultos que lo cuidan y del mundo en general. Gracias a esta interacción continua y previsible (que tiene como eje, en los momentos más tempranos del desarrollo, los cuidados corporales) el ser humano va construyendo lo que el autor denomina *seguridad ontológica*, la cual le posibilitará vivir en una sociedad de riesgo¹⁸.

¹⁸ Giddens cita en estos pasajes a Erik Erikson, uno de los pocos psicoanalistas que se ocuparon, no sólo de los primeros años de vida (como se hace típicamente, dado el supuesto psicoanalítico según el cual las bases de la estructura de la personalidad quedan establecidas precisamente en los primeros años, frente a lo cual pierde pertinencia el estudio de las fases posteriores de la vida, las cuales se tratan generalmente en función de esas experiencias tempranas) sino también de la adolescencia, la juventud y la vejez. En su tratamiento del primer año de vida, Erik Erikson plantea que los seres humanos tenemos un dilema básico: establecer confianza o desconfianza básica frente al mundo. Giddens toma sólo el primer polo y omite el segundo, lo cual equivale a dar por supuesto que *invariablemente* conquistamos la confianza básica, lo cual es sumamente discutible. Cf. Erikson,

La confianza básica depende de la interacción social, al igual que la formación de la identidad. Para Giddens aquélla se relaciona esencialmente con la organización interpersonal del espacio y el tiempo del infante que llevan a cabo los adultos que lo cuidan (en nuestra cultura, típicamente la madre o cualquier otra figura femenina). La higiene corporal, la alimentación, el juego, el desarrollo motriz serían aquí, otras tantas formas de organizar el espacio y el tiempo infantil. De hecho, si atendemos al sentido común, podemos ver cómo la crianza tiene precisamente este eje: el día de un lactante se organiza alrededor de los horarios para la alimentación, el baño, el juego, etc. Todo esto ocurre en un intenso proceso de interacción cara a cara en el que el cuidado y el afecto del *otro* son decisivos para poder ir desarrollando un yo. La identidad depende entonces de la reciprocidad de la relación con “los primeros cuidadores tempranos”, así como de la conciencia de ser distinto de las figuras parentales. Esta conciencia de ser distinto, según el razonamiento de Giddens, depende de la *aceptación de la ausencia*, es decir, de la fé en que los cuidadores que en determinado momento se separan del niño *volverán*¹⁹.

La confianza básica es la base de la *coraza protectora* que provee al yo de una “capa” defensiva que impide (psíquicamente) la invasión de peligros provenientes del exterior. Esto quiere decir que, gracias a la interacción temprana con unos cuidadores afectuosos, confiables y constantes, los individuos podemos vivir en una sociedad de riesgo institucionalizado, sin que seamos presa permanente de la angustia y la ansiedad y de sus efectos paralizantes. En conjunto, la confianza básica y la coraza protectora representan una especie de *vacuna emocional* que permite a los individuos pensar que el riesgo no los tocará personalmente, lo cual les permite salir adelante en sus vidas cotidianas. Además, estos elementos son condición para la *elaboración de la identidad del yo, así como de la identidad de las demás personas y objetos*. La angustia como estado emocional, tendría aquí múltiples referencias sociales y se entendería como resultado de una amenaza al sistema de seguridad global que desarrollan los individuos. Puede decirse que la

¹⁹ Giddens no da cabida en el razonamiento, a la posibilidad de que los cuidadores no sean adecuados, cuando empíricamente pueden verse múltiples casos de maltrato del menor en las sociedades que nos permiten inferir que se está constituyendo *desconfianza básica*, no su contrario.

angustia, junto con la ansiedad, son estados emocionales que representan una *crisis* en el sistema psíquico del individuo la cual, por otra parte, es normal dentro de ciertos límites.

Vale la pena señalar que esta tesis es demasiado optimista y pasa de largo frente a las múltiples evidencias empíricas de la existencia de procesos de descomposición sociopsicológica en las sociedades modernas, sin los cuales los fenómenos de la criminalidad y la violencia (sobre todo en los jóvenes) no tendrían explicación. Aún así, pensamos que ofrece elementos que nos pueden permitir reflexionar acerca de los problemas que afectan la identidad social de los ancianos en condiciones sociales en las que parecería ser presa de una *desconfianza básica* que limita sus últimos años y erosionan su identidad.

Pasados los primeros años de vida, y una vez que el individuo se pone en contacto con las instituciones sociales y grupos externos a la familia, la identidad del yo se va construyendo sobre los cimientos de la confianza básica. Este proceso, en las sociedades modernas, tiene como eje la *toma de decisiones (a nivel de la conciencia práctica)* respecto de múltiples aspectos de la vida, tales como la forma de alimentarse, de vestir, con quién relacionarse, dónde vivir, qué consumir, cuánta televisión se mira, cuál es el grupo de referencia, cómo se pasa el tiempo libre, que tipo de lenguaje se utiliza en la interacción con X grupos, etc. Cada decisión concreta implica una operación de selección/exclusión que, a lo largo del tiempo, establece la identidad personal, o lo que Giddens llama la identidad del yo.

Es claro que este razonamiento tiene como principal referencia empírica las sociedades desarrolladas como su propio país, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Alemania, por lo que no puede aplicarse a una realidad social tan distante de estos casos como la nuestra. No obstante, creemos que tiene un valor heurístico y que tiene un potencial explicativo importante para la interacción y la identidad social en la vejez. México es un país en el que coexisten distintos niveles de desarrollo, por lo cual tenemos en realidad al menos tres países distintos: el del norte, el del centro y el sureste; somos un país

destradicionalizado en algunos niveles y premoderno en otros. Creemos que, dada la gran penetración que han tenido los sistemas expertos en nuestra sociedad, tenemos ya una serie de pautas culturales provenientes de los países más desarrollados que orientan en muchos sentidos nuestra interacción como sociedad. Basta pensar en la televisión, el cine, los contenidos de las revistas, el mercado, las modas, las expectativas y la multiplicación de la interacción a distancia (computadoras, dinero, poder, influencia) para darnos cuenta de ello.

Pensamos que, por lo anterior, hay aspectos de la interacción social que pueden ser analizados con base en los razonamientos que Giddens elabora en su tratamiento de las sociedades modernas, la interacción y la identidad. **Nuestra hipótesis de trabajo es que, si partimos del supuesto de que la identidad se construye no sólo sobre la confianza básica, sino sobre las elecciones que los actores toman en un contexto en el que los sistemas expertos tienen un gran peso en la vida cotidiana, la niñez, la juventud y la vida adulta productiva sería un período *relativamente* favorable para la constitución de una identidad mínimamente suficiente para hacer frente a la vida cotidiana en una sociedad de riesgo institucionalizado²⁰.** La otra cara de la moneda es que (si esto es así) **la vejez representa una etapa en la que se contrae el espectro de alternativas de decisión que tienen los individuos.** El declive físico, las enfermedades, el retiro de la vida productiva, la reducción del ingreso, la inexistencia de políticas sobre la vejez que vayan más allá del nivel declarativo, sumado a un entorno que no ha sido pensado ni diseñado para los ancianos, a una concepción de la vejez que ve en ésta necesariamente un **descenso físico, social y psicológico**, van erosionando la capacidad de hacer de las personas y, en consecuencia, tienen grandes problemas para mantener la integridad de la identidad del yo.

²⁰ No quiere esto decir que los jóvenes, por ejemplo, sean un grupo favorecido en la sociedad. Esta sería una afirmación contrafáctica, puesto que vemos diariamente las grandes dificultades que tienen para acceder a la educación, al empleo, a los bienes culturales, etc. Quiere decir, más bien, que los ancianos *padecen una situación más desfavorable todavía*. Un joven o un adulto en desventaja social, cuenta al menos con una valoración social, una fuerza física y recursos psíquicos superiores a las que poseen los ancianos, dadas las características estructurales, culturales y de interacción de nuestra sociedad.

La vejez, sobre todo en los años posteriores al ingreso a la séptima u octava década de vida, implica una reducción global de las capacidades del actor, que no puede atribuirse únicamente a causas físicas. Este proceso va reduciendo gradual, y a veces abruptamente, al individuo a una condición de dependencia que ha hecho que los geriatras, por ejemplo, hablen de una segunda infancia en la que el anciano no puede caminar, comer, desplazarse, hacerse cargo de su propio cuidado, sin la colaboración de los otros. En un intento de contar con algunas referencias empíricas con las cuales contrastar este marco de interpretación, hemos efectuado una serie de entrevistas con ancianos y ancianas que se encuentran en plena vejez y muchos de ellos reportan esta equivalencia de su situación con la de los niños pequeños, con la diferencia de que tras ella, viene no la autonomía y la juventud, sino la muerte.

En la narración de sus experiencias como ancianos, puede verse también un sentimiento de pérdida muy intenso que, por otra parte (y es esto lo que nos ha llevado a la utilización del marco de interpretación de Giddens) no tiene que ver tanto con los efectos físicos de la vejez, sino con los sociales y sociopsicológicos, el cual se expresa en las limitaciones de las que se les hace objeto, en la reducción de su capacidad de decidir cuestiones tan elementales como cuándo comer, cuándo dormir, cuándo cubrirse, salir o no a la calle, etc. por parte de sus familiares, principalmente. Este sentimiento de carencia, va de la mano de un sentimiento de abandono que proviene de la reducción y el empobrecimiento de su interacción con los demás y con el mundo en general. El abandono, el descuido voluntario o involuntario, la llegada de padecimientos potencialmente prevenibles o el recrudecimiento de los que ya se tienen conducen con frecuencia, sobre todo en el caso de los ancianos que viven en instituciones como los asilos, a estados psíquicos como la depresión y la ansiedad que resisten el tratamiento médico y que creemos que son de origen social.

Desde luego, no todos los casos son iguales y existe cierta variación en la intensidad con la que se viven estos eventos. Pesan la historia previa, el carácter, el temperamento, el modo como se ve la vida en general, la situación económica, si recibe visitas de sus hijos

(cuando los hay) o está distanciado de ellos, si el distanciamiento obedece a razones geográficas o a una mala interacción familiar, si fue empático con sus hijos en su momento, si el anciano siente una satisfacción mínima frente a lo que ha hecho a lo largo de la vida o piensa que tiene demasiadas asignaturas pendientes, si es hombre o mujer (las mujeres parecen estar más equipadas socialmente para la vejez), si tienen hijas o hijos (las hijas son más cercanas a sus padres ancianos que los hijos, que se acercan más a la familia política) etc.

No obstante estas diferencias, pensamos que existe un fondo común, un horizonte compartido que resulta desventajoso para ellos y que tiene su origen en concepciones y valores sociales que privilegian la juventud, la productividad, la fuerza, la belleza, que tienen una orientación de futuro y en las que el conocimiento del pasado carece de valor frente a un entorno que se cree que puede ser relativamente controlable con base en la ciencia y la técnica, con base en el *saber experto*, frente al cual nada tiene que hacer el sentido común. En el apartado siguiente procedemos a una descripción detallada del tipo de experiencias y vivencias que nos ofrecen las narraciones de los ancianos.

VI. UN PRIMER ACERCAMIENTO EMPIRICO. La experiencia de ser anciano en la sociedad mexicana.

Los siguientes testimonios merecen un comentario previo. Se trata de ancianos que viven en la Cd. de México, lo cual representa una restricción geográfica que hay que tomar en cuenta, pertenecen a sectores sociales de clase media baja y, en el caso de los asilados, francamente empobrecidos por lo cual no pueden hacerse más que generalizaciones relativas a esta

condición. Son miembros de una generación poco escolarizada, salvo dos casos, ninguno terminó la educación primaria, lo cual se explica estructuralmente por el hecho de haber crecido en los años veinte y treinta de este siglo, es decir, en una sociedad recién salida de una revolución que apenas estaba intentando crear nuevas instituciones sociales, económicas y culturales. El país era en ese entonces, predominantemente rural, lo cual

nos permite inferir el peso que tuvo en su socialización la tradición, lo cual hace que su condición sea todavía mas dolorosa a nivel subjetivo: crecieron en comunidades que tenían cierto respeto por los ancianos y, habiendo llegado a la edad senecta, se encuentran con que sus expectativas subjetivas están distanciadas radicalmente de la realidad en la que viven, dada la densidad de los cambios socioeconómicos y culturales por los que ha pasado nuestra sociedad en los últimos setenta años. El mundo en el que tuvo lugar su socialización temprana, poco tiene que ver con el actual.

La estructura familiar en la que crecieron, salvo uno de los casos de los dos que tuvieron acceso a la educación media, permitía la convivencia de varias generaciones bajo el mismo techo, por lo que no existía la segregación generacional que ahora existe alrededor de los viejos. Si se trata de asilados, reciben pocas visitas; si viven con familiares, éstos generalmente salen a trabajar temprano y vuelven tarde, por lo cual su única compañía cotidiana es básicamente la televisión y ciertas lecturas populares.

La validez sociológica de estos testimonios tiene que verse con cierta reserva, por lo menos hasta que existan investigaciones mas precisas sobre el tema. La relación con el pasado es siempre una reinterpretación que se hace desde el presente y ello obliga a ver con cierta distancia lo que se dice de él. De cualquier forma, la manera de resignificar el pasado es significativa porque puede verse en ella, tácitamente, una evaluación del presente.

Los casos de los asilados no permiten ver los problemas que representan las incapacidades físicas severas, puesto que para ingresar a ellos, es necesario que puedan comer, bañarse e ir al baño autónomamente.

ALFONSINA.

Originaria de Guanajuato, tiene 68 años y vive en el asilo del INSEN ubicado en la calle de Alabama, en la Cd. de México. Es viuda desde hace cinco años, tiene un hijo pero decidió ir al asilo "para no ser un estorbo". Dice que en el asilo se siente bien, pero lo

dice en una actitud que deja traslucir lo contrario. Tienen actividades estructuradas y bien planeadas para la comida, la recreación, el descanso y generalmente no se aburre. El momento más difícil del día es cuando tiene que volver a su cuarto por la noche.

Recuerda la vida en provincia con mucho gusto, la ve como un período de felicidad y despreocupación que probablemente tiene que ver, mas que con la realidad, con el embellecimiento retrospectivo que los ancianos suelen hacer del pasado. En Guanajuato, dice, la vida era tranquila y confiada. Sus padres eran personas muy rectas y ejemplares dedicadas totalmente a su familia; su padre tenía un taller de zapatería y eso les permitía vivir muy bien. Los domingos eran días de paseo para toda la familia.

Se casó con el único novio que tuvo, su boda fue uno de los eventos mas importantes de su vida. Ella estaba radiante ese día, según cuenta. Sólo tuvo dos hijos, el segundo de los cuales murió al nacer y ya no pudo volver a embarazarse, cosa que ha vivido como una profunda carencia, lo cual no es extraño, si pensamos que perteneces a una generación en la que la socialización de las mujeres se daba alrededor de los roles marital y materno. Trató de dedicar toda su atención y toda su vida al único hijo vivo que le quedó, lo llevaron a buenas escuelas y se le dio la mejor educación posible. Habla poco de su marido, pero puede entreverse que participó poco en la crianza del hijo y se dedicó fundamentalmente al trabajo. Dice que era una persona muy trabajadora, muy responsable y que a ella nunca le faltó nada, todo lo que quería se lo cumplía y nunca se ausentaba de la casa, no bebía, no era mujeriego y su familia era primero que todo para él.

Tiene resistencia a hablar de su experiencia en el asilo, lo cual puede interpretarse como una defensa psíquica frente a una realidad dolorosa. Habla poco también de los eventos relacionados con su decisión de ir al asilo; su hijo es casado y tiene dos hijos, es técnico dental y parece tener una situación económica solvente, su mujer no trabaja y raramente la visita. La entrevista tuvo lugar en noviembre de 1997 y hacía cuatro meses que no la visitaba ni le escribía.

MOISES.

Nació en el D.F. tiene 94 años y aún se vale por sí mismo. Vive en el asilo del Insen ubicado en la calle de Alabama. No tiene familiares, dice que está muy a gusto en el asilo y platicar con sus compañeros. Anda siempre perfectamente bien arreglado: con traje, corbata, ni un pelo fuera de su lugar y zapatos brillantes; camina erguido todavía. No se casó ni tuvo hijos, sus padres murieron en la Revolución por lo cual quedó huérfano muy pequeño. No tiene ningún recuerdo de ellos, vivió con unos tíos que siempre lo trataron como un hijo. Sostiene haberse valido por sí mismo desde muy joven y no estudió porque pensó siempre que el trabajo era lo mas importante para un varón. Fue aprendiz de imprenta, mensajero, oficinista y, por último, chofer de un alto funcionario de gobierno con quién duro casi treinta años, pese a lo cual no tiene pensión alguna.

Cuenta que cuando tenía dieciocho años se enamoró de una muchacha y estaba por casarse, pero se dio cuenta de que la joven no lo quería y lo engañaba con otro. Al poco tiempo buscó una nueva relación y le ocurrió lo mismo, después de lo cual dice que “tuvo muchas mujeres”, pero había llegado ya a la determinación de no casarse para “no volver a ser engañado”.

Siempre encontraba alguna mujer que se hiciera cargo de sus cuestiones domésticas, sin pago de por medio. Vivía en un cuarto que rentaba en la colonia Escandón, pero al cumplir los 80 años comenzó a enfermarse, veía mal, tenía problemas renales y se enteró por un amigo dependiente de un estanquillo, de la existencia del albergue de Alabama. Para entonces ya salía muy poco porque los ejes viales le resultaban inabordables, vivía de lo que había alcanzado a ahorrar, puesto que no tuvo jubilación por haber sido siempre trabajador eventual y presentó su solicitud para ingresar al asilo, la cual le fue aceptada meses después. Dice muy orgulloso que contó que, a pesar de sus padecimientos, puede bañarse e ir al baño solo. Sin despedirse, se levanta y se sienta a jugar ajedrez con un compañero.

RAYMUNDO.

Nació en Michoacán y migro hacia la Cd. de México a los siete años. Vive en un albergue administrado por monjas por el rumbo de la Villa, precisamente junto a la Basílica de Guadalupe. Asiste sólo de día al albergue y por la tarde regresa a su casa en la colonia Guerrero, donde vive con una sobrina a la que ve muy poco porque llega muy tarde de trabajar como mesera en un hotel del Centro Histórico. Le gusta ir al albergue porque ve gente, platica con ella, juega cartas o damas chinas y se siente menos solo.

Dice ser de temperamento optimista y alegre y toda su actitud verba y corporal lo corrobora. Se ve muy fuerte todavía, no tiene ningún padecimiento físico notable, no obstante lo cual, la gente con la que convive le limita en sus tareas, como si ya fuera una persona incapacitada físicamente. Es jubilado, fue empleado de la tesorería durante veinticinco años y recibe una pensión de \$600 que dice que no le alcanza para nada, por lo que al enterarse de la existencia de este albergue y de que incluía la modalidad de “residencia de día” decidió ir a él. Recibe el desayuno y la comida sin costo, lo cual representa “mucho ayuda” para él. Su sobrina paga la renta de la vivienda en la que viven, cerca del mercado Mtz. De la Torre.

Está orgulloso de alegrar a los “viejitos” (es significativo que se refiera a ellos, excluyéndose de esa categoría), le gustan las bromas, bailar, va a las fiestas y los eventos que organiza el Insen. Ultimamente fue a una serie de visitas guiadas los domingos, organizadas por sociocultur y el Insen. Habla con tristeza de que sus vecinos ya no lo invitan a las fiestas porque lo ven muy viejo, pero sí lo invitan a los entierros y velorios de la vecindad.

Recuerda su niñez como una etapa muy bonita, en la que sólo jugaba y se divertía. Sus padres lo querían mucho, según dice y estudió la primaria completa porque sus padres no pudieron seguirle sosteniendo los estudios. Empezó a trabajar a los 12 años en un taller de encuadernación donde le pagaban \$25 a la semana, con lo cual ayudaba a su familia,

compuesta por sus padres y dos hermanas mayores que él. Las dos se casaron y se convirtieron en amas de casa; él no se casó “porque no le tocaba” y se encargó de sus padres cuando llegaron a viejos. Murieron cuando él tenía 53 años, en un período de un año: primero murió su madre de un cáncer en el hígado y 8 meses después murió su padre de un infarto, aunque no se le conocían antecedentes de afecciones cardíacas.

Ve con cierta frecuencia a sus hermanas, pero no a sus sobrinos. La sobrina que vive con él es hija de un primo lejano que vino a la Cd. de México desde un pueblo de Hidalgo. Originalmente, ella llegó a su casa por un tiempo, pero al año le planteó quedarse a cambio de pagar la mayor parte de la renta. El aceptó porque así tiene compañía y “siempre hace falta una mujer en casa”. Es creyente y va con cierta frecuencia a la iglesia, aunque dice que no es “mocho”. Confía en que sus últimos años no se verán acompañados por la incapacidad física.

EUSTOLIA.

Tiene 90 años, viuda, tuvo ocho hijos de los cuales sólo una hija la visita de vez en cuando. Vive en el Asilo Mundet, ubicado en Av. Revolución en la Cd. de México. Llegó ahí cuando tenía 73 años y aún camina sola, aunque vimos que tardaba como 10 minutos en recorrer cinco metros. Vivía en casa de su hijo mayor, actualmente de 67 años, pero dice que su nuera “no la quería” y la maltrataba, razón por la cual su hijo buscó internarla en esta institución, bajo la promesa de visitarla continuamente, lo cual no ha ocurrido. En la conversación, no se concentra y cambia de tema continuamente y, en determinados momentos, no se ubica temporalmente y cree tener veinte años. Hace muchos años que no sale a la calle.

Nació en Comonfort, un pueblo de Guanajuato y creció en el campo. Se reitera en este caso una interpretación sublimada del pasado en la cual la niñez parece haber sido el paraíso perdido. Se casó a los 19 años con un novio que era peón; los primeros años de su matrimonio tuvo muchos problemas con él porque tardó en embarzarse, en una época en la que las mujeres tenían prácticamente un hijo por año. Tuvo 12 hijos de los cuales

“le vivieron” ocho, todos murieron antes de los cinco años por enfermedades como sarampión, tosferina y “las diarreas”. Sobrevivieron seis hombres y dos mujeres, una de las cuales es la que la visita con mayor constancia. Dice que los hijos que no la visitan le preocupan porque “Dios los va a castigar” puesto que primero “conocieron madre”.

A principios de los años treinta, poco después de haber nacido su primer hijo, migraron a la Ciudad de México en busca de mayores oportunidades. Llegaron a vivir a la Col. Romero Rubio y comenzaron a dedicarse “al comercio”, vendiendo verduras y frutas en la plaza de la colonia. Siguió teniendo hijos, a los cuales mantenía con ella todo el día, dentro de una caja con cobijas que tenía al lado de su puesto. Su marido le dejó la responsabilidad del “puesto” y comenzó a trabajar como albañil.

Esta orgullosa de que todos sus hijos estudiaron la primaria completa. Sus dos hijas “salieron embarazadas” y se casaron antes de cumplir 18 años. Vivían al inicio cerca de su casa y, posteriormente, consiguieron terrenos en las afueras de la ciudad y fueron construyendo sus cuartos. Los hombres también se casaron, pero dice que por el “mal ejemplo” de su marido, que era mujeriego y bebía los fines de semana, han dado mala vida a sus mujeres e hijos. No da mayores detalles sobre el asunto.

Su vida en el albergue gira alrededor de los horarios de las comidas, las cuales dice que a veces son escasas y con muy poca carne en los guisados. A media mañana, apoyada en un andador, sale a tomar el sol y se queda dormida. Es ahí donde hemos hablado con ella. Casi no ve, tiene artritis, oye muy mal y cuesta un gran trabajo sostener una conversación con ella, pero dice que su corazón está muy bien. Cuando algún compañero se muere, aunque les tratan de ocultar el hecho en la institución, terminan enterándose y que entonces se encierra varios días y no quiere hablar con nadie.

Es creyente y reza mucho, dice orgullosa que tiene muchas estampas de la Virgen del Socorro en su cuarto y que gracias a ella sigue viva y puede caminar. Sueña con frecuencia que es niña, que está subiendo un cerro muy verde y que al llegar a la cima,

encuentra una casita muy bonita a la que se mete; al entrar, algo la persigue. Le gustaría ver niños de vez en cuando.

CONRADO.

Tiene setenta y dos años y vive en el asilo de La Villa desde hace dos. Su cuarto es pequeño, tiene un catre, un ropero y una ventana que da a la Basílica de Guadalupe, lo cual lo tiene muy orgulloso. Tiene hijos, pero nunca lo han visitado. Se quedaron con su casa, la vendieron y pagan la cuota de \$400 mensuales que le requiere el asilo por su situación económica. Hay algunos que no pagan nada. Se ve fuerte, camina erguido y habla mucho, pero brinca de un asunto a otro y confunde los tiempos.

Le gusta salir a un patio interior que tiene el asilo y asolearse y sólo lamenta que no tenga mas plantas. Habla mucho de la comida, casi de manera obsesiva. Se queja de que no es suficiente y trata de congraciarse con los empleados para que le den una ración mas grande. Las monjas hablan poco con ellos y la que arregla su cuarto es impaciente y regañona, según dice. En determinados momentos, cambia abruptamente de tema y comienza a hablar de que la sirvienta que tenía en su casa, una muchacha de 14 años, lo acosaba (se entiende que sexualmente) y él “tenía que hacerle caso”. Presume de que la dejaba “muy satisfecha” y fantasea que una empleada de la cocina “lo persigue”.

Su pasatiempo favorito es mirar por la ventana las peregrinaciones que llegan a La Villa de Guadalupe. El mes que mas le gusta, por lo tanto, es el “mes de la Virgen”, es decir, diciembre. Cuando tratamos de centrarlo en el tema de la relación con sus hijos, empieza a hablar de cualquier otra cosa y hace como que no escucha. Suponemos que eso es señal de que hay conflicto detrás de ello y que le pesa el abandono. Presume de que se baña “a diario” y de que no huele mal “como los viejitos”, como si el estuviera fuera de esa categoría. Se refiere a los mayores de 85 años que, por lo que pudimos ver, se pasan el tiempo dormidos en una silla, en el patio o en los pasillos.

Creció cerca de Tenancingo y tuvo 10 hermanos, los cuales se distanciaron a lo largo del tiempo, cuando uno a uno fueron yendo a vivir a otros lugares para buscar trabajo y un lugar dónde vivir. Él se quedó con sus padres porque, según dice, “era el consentido” de su madre y siempre lo protegieron. Trabajó como carpintero desde los 15 años, oficio al que dedicó prácticamente toda su vida. Se casó a los 23 años con una novia que tenía 16 e inmediatamente comenzó a tener hijos, tuvo 3 hombres y 4 mujeres, de las cuales dos murieron de pequeñas. Vivió con sus padres hasta que murieron; su esposa los cuidaba y él trabajaba en el taller contiguo a su casa.

Al morir sus padres, le dejaron la vivienda en la que crecieron, lo cual lo distanció más todavía de sus hermanos. Un compadre suyo vivía en la Colonia 10 de Mayo, cerca de Lecumberri en la Cd. de México y le propuso asociarse para poner un taller de carpintería en los años cincuenta. Vino a la ciudad con toda su familia, vendió la propiedad que había sido de sus padres y comenzó el negocio con su compadre, invirtiendo el producto de esa venta. Su esposa no estaba de acuerdo con el cambio, pero como el “era el hombre de la casa” tuvo que acatar sus decisiones. Los hijos fueron a la primaria y la secundaria. Al finalizar los años cincuenta, compró la casa que había rentado hasta entonces.

Enviudó a los 60 años, aunque su esposa era más joven. Él dice que “criar tanto niño” la debilitó y no sabe decir de qué murió. A partir de la muerte de la esposa y la llegada de sus hijos a la edad adulta, empezó a trabajar cada vez menos. Su compadre murió y tuvo que traspasar el negocio y dar la mitad a la viuda porque no llegaron a ningún acuerdo. Ahorro el dinero y de ahí se mantenía hasta que, por presión de los hijos, vendió su casa y lo llevaron al asilo, bajo el argumento de que estaría “acompañado y no se sentiría solo. Su hija no estuvo de acuerdo, pero tampoco ofreció llevarlo a vivir con él y, aunque creía que lo visitaría, sólo ha ido una vez a verlo. No ve a sus nietos y sólo habla con los empleados del comedor.

HERMINIA.

Originaria de Hidalgo, tiene 63 años, es jubilada de Correos y vive con su marido, policía retirado, un hijo de 20 años que va a la Universidad y una hija de 37 años, madre soltera de dos hijos de distinto padre y actualmente embarazada del tercero. Su casa está ubicada en una colonia del Municipio de Ecatepec. Trabajó desde los 16 años y tuvo su último hijo a los 43, confundió al inicio su embarazo con la menopausia. Su hija, en ese entonces de 17 años, dejó la preparatoria para ayudarle a cuidar al bebé mientras ella trabajaba.

Se casó embarazada a los veintidós años con un novio que conoció cerca de la escuela donde estudiaba comercio; él era policía y vigilaba esa calle. El día de la boda no llegó a la iglesia y ella tuvo que despedir a sus invitados. Llegó mas tarde, borracho, porque se había ido con un compañero a su despedida de soltero. La llevó a vivir a un cuarto redondo que compartían con otra pareja. Ella se sentía absolutamente desencantada y, dado que para entonces ya trabajaba en Correos, se propuso rentar una vivienda aparte para ellos antes de que naciera su hijo. Pidió prestado dinero, compró lo mas elemental y se fue a vivir a un departamento en la Col. Moctezuma.

Tenía el turno de la tarde en la oficina de correos de la Col. Moctezuma. Entraba a las 2.30 y salía a las 8 de la noche. Se jubiló a los 48 años, cuando su hijo estaba por entrar a la primaria. Hubiera querido continuar trabajando, pero en esos años (los ochenta) corrió el rumor de que suprimirían la jubilación, por lo que decidió retirarse. Dice que su vida se descompuso desde entonces: su hijo mayor, actualmente de 39 años, soltero y sin trabajo fijo, abandonó sus estudios de Comunicación en la UNAM para estudiar música, carrera que también abandonó poco tiempo después. Su hija ya no volvió a estudiar, otro de sus hijos (que ahora tendría 38 y que era su preferido) entró a la policía y poco tiempo después, fue asesinado mientras se bañaba en la casa que compartía con una mujer divorciada que tenía dos hijas.

Su marido, alcohólico funcional de toda la vida, empezó a ascender todavía mas en la estructura de la policía y fue nombrado jefe de la institución en la Delegación

Xochimilco, por lo cual prácticamente no lo veía. Compraron una casa en la periferia de la ciudad. Ella comenzó a acusarlo de andar con otras mujeres y se enfrascó en los asuntos domésticos. Su hija quedó embarazada hace cerca de 9 nueve años, de un policía que era escolta de su padre, cosa que le ocultó a él por temor de que lo matara. Ha vivido su vida, a partir de la jubilación - la cual tuvo a una edad relativamente temprana- como un continuo declive, no propiamente físico, porque todavía está muy sana y fuerte, pero sí emocional y sexual. En relación a este último aspecto siente que su marido "le hace cada vez menos caso como mujer" y lo atribuye al haber dejado de ser joven y, por lo tanto, deseable.

En los últimos años se suman a todo lo anterior una serie de problemas del marido, el cual fue suspendido del servicio por haber omitido en su declaración patrimonial unos departamentos que consiguió en el rumbo de Azcapotzalco, cerca de la U. Habitacional El Rosario. Actualmente intenta organizar una empresa de seguridad privada, pero no es claro todavía si funcionará o no.

Aunque siente que su vida ha sido difícil, le compensa emocionalmente el hecho de sentir que todavía le hace falta a sus hijos, los cuales son adolescentes funcionales, aunque ya pasan todos de los 30 años. Ella cuida a los hijos de su hija y a otros nietos, se encarga de las cuestiones domésticas, les lava la ropa y, aunque se queja por ello, es claro que esto aumenta su autoestima y le hace mas llevadera la jubilación. Su identidad depende precisamente de las relaciones que ha establecido con sus hijos y sus roles familiares. Hace unos meses su hija se fue a vivir a uno de los departamentos que tiene el padre en Azcapozalco, pero volvió a los quince días: sus mutuas dependencias les impidieron independizarse. No quiere llegar a los setenta años, porque "los viejos son un estorbo".

ROSA.

Tiene 69 años, vive en Cd. Nezahualcóyotl, tiene 6 hijos, cinco de los cuales viven en Estados Unidos, donde migraron en búsqueda de un trabajo que les permitiera mantener a

sus familias, las cuales viven también en Neza, como ellos le llaman. Su única hija, la menor, vive todavía con ella, aunque la ve muy poco porque trabaja como acomodadora en un supermercado y sale muy temprano y vuelve tarde. Ella trabajo desde los 18 años como trabajadora doméstica. Su marido se la robó y tuvo que casarse con él. Toda su vida fue alcohólico, un padre ausente e irresponsable.

Vino a vivir a la Cd. de México hace cerca de 30 años, poco antes de que su marido la abandonara por una mujer mas joven. Llegó a Santa Isabel Tola y comenzó su peregrinar buscando casas donde hacer la limpieza. Dejaba a sus hijos solos muy pequeños, les ponía una olla de frijoles y llegaba a la tarde con comida que compraba con lo que le habían pagado ese día. Es muy optimista, alegre y bromista; dice que eso le ha ayudado a tolerar una vida sumamente difícil.

Se dice vieja, aunque se ve fuerte. De hecho todavía trabaja en una cocina económico donde hace tortillas a mano, que es una de las cosas que mas le gusta hacer. Sus hijos no están de acuerdo, pero como están lejos, ella sale dos o tres días a la semana a hacer esa labor. Sus nueras viven cerca de ella, pero procura no molestarlas y llevar una buena relación con ellas, lo cual parece haber logrado. Pasa mucho tiempo sola y dice que es cuando siente tristeza que decide salir a trabajar o a visitar a los hijos de una señora de su edad, de clase media, con la que trabajó 30 años, dos días a la semana. Ellos la estiman mucho y dice que le da gusto verlos.

En su casa tiene muchas plantas y siempre está ocupada. Su vivienda es muy humilde, pero es propia. Sus hijos le mandaron siempre dinero de E.U. y ella compró el terreno; cuando venían a México, ellos mismos la fueron construyendo. Sólo su hija estudió la secundaria, los demás no pasaron de la primaria. Se lamenta de no haber podido darles mas estudios, pero su situación era tan precaria que durante muchos años amaneció sin saber qué les iba a dar de comer. Cuando no conseguía trabajo, iba al mercado y compraba tripas de pollo, hígados y mollejas. Al narrar esto, parece tener deseos de llorar.

No se queja, puesto que dice que su hija podría mandarla a un asilo y no lo ha hecho, aunque parecen no llevarse muy bien. Dice que ella es muy callada y reservada y que se molesta cuando le pregunta por sus cosas, su trabajo o su novio. Le da una parte de lo que gana para los gastos de la casa. Con frecuencia dice sentirse rara, con un malestar vago que, creemos, puede ser ansiedad, pero no tiene seguro social y las consultas privadas cuestan mucho dinero, así que no se atiende. Lo que le da sentido a su vida y se la estructura cotidianamente son las tareas de su casa, vigilar los terrenos que sus hijos han comprado en la zona (los barre, los deshiera, etc.) y trabajar en la cocina económica. Son las interacciones asociadas a estas tareas las que le hacen la vida llevadera. No obstante dice que “es triste llegar a viejo” y que “quisiera morir pronto”.

MARIO

Soltero de 70 años, vive con dos hermanas también solteras. Vive en la cd. de Morelia y nunca ha tenido un trabajo formal. Acaba de morir un hermano suyo, de un cáncer en el páncreas. Su sentido de la realidad parece alterado, brinca de un tema a otro y está muy convencido de que la vida y el mundo son absolutamente corruptos, lo cual parece ser más bien una proyección defensiva. Dice que toda su vida se ha orinado en la noche porque tiene una enfermedad “psicosomática” y es muy nervioso. En los últimos años, se comenzó a creer periodista y escritor porque alguna vez le publicaron una carta en el espacio del lector en un periódico de circulación nacional. A partir de entonces, comenzó a escribir lo que el llama “reportajes históricos” que tienen como único tema la revolución mexicana, que le han sido publicados en algunos periódicos locales. Muestra orgulloso los recortes, están bien escritos.

Su personalidad parece haber quedado marcada de manera definitiva por su padre, militar de carrera que abandonó la milicia en el momento en el que (tras el fin de la revolución) se reconocieron los grados de los revolucionarios. Su conversación es muy limitada: él, su padre, la revolución, la corrupción. Recientemente fue a Chiapas y dice haberse puesto en contacto con el comandante Marcos, al cuál le pregunto que era lo que

se necesitaba para ser guerrillero, a lo cual dice que respondió: resistencia, resistencia al hambre, al frío, a la lluvia. Probablemente es un delirio senil.

Una de sus hermanas fue monja durante muchos años. Dice que se enfermó mentalmente y que actualmente su terapia es tejer. La suya es hacer respiraciones, ejercicio y escribir. Está absolutamente convencido de la certeza de sus juicios, de su propia inteligencia y de su propia importancia. Cada que los periódicos publican que tal o cual funcionario está relacionado con el narcotráfico, afirma haberlo denunciado él mucho tiempo antes. Tiene escaso contacto social y, cuando este tiene lugar, se orienta a un monólogo, escucha poco, aunque su discurso permite inferir buena parte de su experiencia y de sus vivencias.

No habla en absoluto de la vejez, ni de la manera como se sostiene económicamente. Probablemente la hermana o el hermano recién muerto, que era jubilado, han sido quienes han mantenido económicamente la casa. Tiene un hermano al que hace treinta años no ve, por problemas familiares de los que no quiere hablar. Recientemente se acercó a un sobrino al que alojaba hace cerca de quince años, cuando el tenía como 20, cuando llegaba a Morelia. El ahora está casado y tiene dos hijos, estuvo hace unos meses un par de semanas en su casa y, a partir de entonces, le llama con frecuencia por teléfono. Es definitivamente una persona solitaria y poco empática con el entorno y con la gente. Come poco porque dice que los alimentos y los aparatos modernos (hornos de microondas, hornos eléctricos, latas, alimentos industrializados) hacen daño y son parte de una conspiración para enfermar al pueblo. Tuvo un hijo hace cerca de cuarenta años, al que nunca ha visto.

ALBERTO.

Tiene 67 años, aunque aparenta menos edad. Soltero, sin hijos y sin trabajo fijo. Vive solo la mayor parte del tiempo, aunque con cierta frecuencia se instala meses enteros en casa de sus padres, que aún viven, o de sus hermanos, algunos solteros y otros casados. Tiene una personalidad seductora, es inteligente y dice tener muchos amigos. En el

momento de la entrevista se encontraba alojado en casa de sus padres y hablaba de un inminente viaje a Puebla, donde dice tener una casa.

Lleva una vida despreocupada y gasta buena parte de su tiempo tomando café, leyendo el periódico y planeando grandes proyectos de negocios. Tiene los dedos de la mano derecha y los dientes totalmente manchados por la nicotina y el café. Prefiere no hablar de la vejez, ni de sus enfermedades (tiene hipertensión, úlcera gástrica y principios de artritis) y mucho menos del futuro. Pensamos que este es un probable indicador de negación defensiva frente a la vulnerabilidad de su condición. Por lo que cuenta, parece tener una gran habilidad para que los demás le resuelvan sus problemas económicos y, en general, su sostenimiento.

Tiene exclusivamente amigos divorciados o solteros. Recientemente se ha relacionado con mucha asiduidad con el hijo mayor de un hermano del que está distanciado desde hace años, por problemas que tuvieron cuando se asociaron en un negocio. El sobrino estudia biología, carrera que él abandonó poco antes de terminar y que nunca ha ejercido, por lo cual dice que tienen muchos temas en común.

Tiene un hermano con el cual tiene cierta relación. El vive solo, tiene 60 años, hace trabajos por computadora en su casa. Alberto dice pasar un par de noches a la semana en su casa, tomando café y jugando dominó con el hermano y un grupo de vecinos que se reúnen con éste con mucha frecuencia. Cuando se le pregunta por qué no se casó, dice que las mujeres son demasiado exigentes y que hay que mantenerlas. Le gustan los niños, pero no muy pequeños, sino cuando “ya se puede hablar con ellos”.

Establece relaciones muy fácilmente y fácilmente terminan. A sus padres los ve en las mañanas y en las noches, porque, aunque no tiene trabajo, sale mucho a ver a sus amigos. Aparentemente, se dan mutua compañía y él hace reparaciones caseras. El padre es jubilado, tiene 92 años y prácticamente ya no se mueve, no ve, pero está lúcido aún. La madre tiene 87 y se ve todavía muy fuerte y siempre está ocupada en cosas domésticas

que hace con suma lentitud. La principal preocupación de Alberto parece ser conseguir dinero para café, leche, cigarros y periódicos. Habla mucho de la situación nacional en tono crítico y doctoral. Durante la conversación, a ratos se quedaba callado y con la mirada fija en un punto indefinido. Termina abruptamente la entrevista porque “se acordó de un compromiso”.

RAMON.

Viudo de 93 años de edad. Hasta hace unos cinco años trabajó en un taller de reparación de máquinas de escribir que tenía en el Centro Histórico. Varios factores se conjugaron para que se sus hijos (no él), se plantearan su retiro de la vida laboral: su edad, la escasez de trabajo tras la creciente sustitución de las máquinas de escribir mecánicas y eléctricas por las computadoras, los supuestos riesgos que corría en el transporte público, etc. etc. Es interesante hacer notar que se queja todavía de que sus hijos “lo retiraron”, cuando el quería seguir trabajando.

Vive por el rumb de la villa, en la casa dónde crecieron sus hijos. Tiene dos mujeres y un hombre, vivía con las mujeres (las cuales ahora pasan de cuarenta años), ambas solteras y profesionistas, pero nunca estaban con él, pasaba el día completamente solo, se deprimía, comenzó a enfermarse con frecuencia, tenía ya síntomas de confusión mental que los médicos atribuían a su edad y, obviamente, requería de un apoyo continuo que sus hijas no estuvieron dispuestas a darle por impedirle sus actividades profesionales. Ellas el propusieron al hermano que fuera a vivir con su padre, cosa que su esposa aceptó, de forma que dejaron la casa de interés social que habían adquirido recientemente en Iztapalapa y se mudaron a la casa del suegro. Una razón adicional de la nuera para aceptar el trato fue que en su rumbo hay mucha violencia: robos asaltos e incluso asesinatos, por lo que pensó que el cambio podría beneficiar a sus hijos.

Aún cuando el trato era sólo por un año, llevan ya cinco en la casa del suegro. Don Ramón mejoró notablemente en cuanto contó con la compañía de sus nietos, principalmente, puesto que su hijo y su esposa prácticamente no están en todo el día por

sus responsabilidades de trabajo. Su hijo deja a los niños en una escuela cercana y el transporte los regresa a casa, dónde el los recibe y vigila que hagan las tareas. La interacción frecuente ha intensificado los vínculos de los nietos con el abuelo, lo cual los ha beneficiado a ellos también, puesto que ven muy poco a sus padres. Tienen una persona que va tres veces a la semana a hacer la limpieza y a cocinar. Recientemente, su hijo y su nuera parecen haber asumido que su estancia ahí no es temporal y han comenzado a hacerles arreglos a la casa, cuestión que antes no se planteaban porque su estancia supuestamente sería muy corta. La nuera no está totalmente de acuerdo con invertir en la casa, porque dice que cuando fallezca el suegro, será propiedad compartida de sus hijos y, aunque las cuñadas, según dice el esposo, dan por hecho que es la casa de “sus sobrinos”, ella recela y asume que “no es su casa”.

En general parecen llevarse bien, pero es significativo oír las quejas de la nuera en el sentido de que el suegro “huele mal”, “no arregla su cuarto”, tiene malos modales para comer y “eructa y emite ventosidades” todo el tiempo. Los nietos se quejan de que no los deja salir a la calle y de que “huele feo”, pero es claro que le tienen afecto. Según cuenta el hijo de Don Ramón, recuperó su autoestima en el momento en que comenzó a tener funciones en el cuidado de los nietos y a relacionarse nuevamente con el hijo, el cual lo visitaba sólo una vez al mes.

No reportan problemas de índole económica y obviamente ellos se hacen cargo de la manutención del suegro, a cambio de lo cual, diría cualquier observador, viven en su casa y, muy probablemente la heredarán posteriormente. Las hijas lo visitan poco, pero le hablan con frecuencia por teléfono. El acuerdo familiar general que ha permitido que los últimos años de Don Ramón sean más o menos aceptables, parece ser relativamente satisfactorio para todos, excepto para la nuera, que carga con mayores responsabilidades en el cuidado del suegro que las que asume el propio hijo.

VII. CONCLUSIONES PROVISIONALES.

Como se dijo antes, las entrevistas representan una referencia empírica muy limitada, pero permiten entrever aspectos de la vejez que no se explican por la edad, sino fundamentalmente por las valoraciones culturales ambiguas que tenemos de ella en una sociedad en la que conviven elementos propios de contextos desarrollados, con otros provenientes de una cultura con un gran arraigo en el pasado.

Lo primero que destaca son las diferencias que existen entre los relatos de los ancianos que viven solos o con familiares y aquellos que viven en asilos; la gran distancia que media entre la experiencia de los primeros años de la vejez (si partimos del corte convencional que la ubica a partir de los sesenta años) y la de los años “tardíos”, por llamarles de algún modo, de los ochenta y los noventa años; la resistencia que muestran los viejos de no más de setenta a asumir su edad, (creemos que esa resistencia es producto de nuestras concepciones negativas de la vejez); el beneficio social, psicológico e incluso físico, que reciben quienes tienen oportunidad de mantener ciertas funciones y roles sociales en el contexto familiar o comunitario; el gran peso que tiene la historia personal en la manera como se experimenta la vejez, lo cual indica que es necesario un trabajo analítico muy fino, que desde luego no hemos llevado a cabo, que permita distinguir los aspectos de la vejez que tienen que ver con los problemas de personalidad previos de los individuos, de aquellos que se pueden explicar con base en cuestiones culturales y sociales, así como con el transcurrir del tiempo.

En los ancianos que viven en instituciones y en un estado de segregación generacional, el deterioro psíquico, físico y social es muy evidente. Tienen interacciones sociales esporádicas, se relacionan poco entre ellos mismos, pasan gran parte del día sentados, dormidos o deprimidos, las dimensiones espacio/temporales de sus vidas están ajenas a cualquier capacidad de decisión propia: es la institución la que les estructura los horarios de comida, de descanso, de “recreación”; sus límites espaciales son muy estrechos, casi exclusivamente los del asilo mismo.

Están en una especie de segunda infancia en la que dependen totalmente del entorno para satisfacer sus necesidades más elementales, tales como alimentarse, los cuidados corporales, la organización del tiempo libre, etc. Comen alimentos poco consistentes, con frecuencia papillas y muchos líquidos, caminan con gran dificultad, muchos de ellos ya no se pueden desplazar por sí mismos. Como se dijo en otras partes del trabajo, aunque parecen tener semejanzas con los infantes, la gran diferencia es que después de esta etapa no vendrá la autonomía, sino la muerte física, puesto que la muerte social ocurre en el momento en que ingresan al asilo.

Aunque no tenemos un conocimiento psicológico especializado, es obvio que tienen desórdenes de personalidad, que están constantemente deprimidos y ansiosos y que su autoestima es muy baja. La actitud distante y profesional del personal, parece no ayudar mucho. Desde luego, realizan un trabajo muy desgastante por lo cual, con frecuencia, tienen poca paciencia con los ancianos a los que, por otra parte, se considera definitivamente una carga social. No hay que perder de vista que los asilos en los que viven los ancianos entrevistados son instituciones de beneficencia pública y privada, que aquéllos son miembros de sectores sociales de bajo ingreso y nivel educativo y que, salvo la excepción del Sr. Conrado, no contribuyen a su manutención.

Desde luego, sabemos que las instituciones religiosas y las instituciones públicas como el INSEN, tienen acceso a recursos de la sociedad por diversas vías como son los donativos o los impuestos; es decir, el gasto que generan es cubierto no individual, sino socialmente. No obstante, a nivel de las percepciones subjetivas tanto de los ancianos como del personal que se ocupa de ellos, éstos son una carga económica.

El caso de los ancianos que viven con sus familiares tiene ciertas diferencias respecto de los anteriores. Aunque, en cierto sentido son también una carga, existen vínculos de solidaridad intergeneracional que permite que sean atendidos y que se trate de darles un lugar dentro de la familia. En algunos casos, como en el del hijo de Don Ramón, es explícito el razonamiento según el cual se reconocen los años en los que los padres

sostienen y educan a los hijos, por lo que consideran su responsabilidad hacerse cargo de ellos cuando llegan a viejos, a pesar de los inconvenientes que generan.

En estos casos, los ancianos no están segregados generacionalmente, tienen cierta interacción con miembros de otras edades, aunque se sienten incómodos ante la posibilidad de ser considerados un estorbo o una carga, la propia interacción frecuente genera vínculos afectivos (no sin ambigüedad) que son un importante recurso en la vida de los viejos. Es interesante ver cómo, aún los ancianos que fueron responsables con sus propias familias en su momento, no son capaces de reconocer la deuda emocional y familiar que contraen sus hijos con ellos (la asuman o no), lo cual creemos que es un indicador del profundo nivel de internalización que tiene en ellos la idea de que la vejez es indeseable.

Es clara también la relación que existe entre el desempeño de algunas funciones y tareas dentro del entorno familiar y cierto fortalecimiento de la autoestima y de la identidad. Por ejemplo, la Sra. Herminia afirma que, aunque es un trabajo muy grande, el cuidar de sus nietos e, incluso, de algunos aspectos de la vida de los hijos, la hace sentirse útil. En este caso además, hay que tomar en cuenta que ella es jubilada y *tiene un ingreso*, aunque sea magro, lo cual le permite tomar ciertas decisiones y le evita sentir que es una carga.

Desde luego, vemos en algunas de las narraciones de vida, elementos que no están asociados a la vejez, pero que se recrudecen con ella. Es el caso, por ejemplo, de Mario, quien tuvo durante toda su vida un desempeño muy pobre de sus roles sociales, no tuvo un trabajo estable y pasó largos períodos dependiendo de los otros, tuvo siempre cierta tendencia a la mitomanía, etc. No podemos afirmar que, entonces, los datos que arroja su narración en relación con el estrechamiento de la capacidad de decidir, la dependencia material respecto de sus hermanos y sus pobres sentimientos de identidad y autoestima, sean producto de la vejez, sino que son características que su personalidad ha tenido siempre.

Claro, si sumamos estos antecedentes a las desventajas sociales que representa la vejez, podemos entender por qué se recrudecen los delirios, las proyecciones según las cuales el mundo es malo y corrupto, etc. Es decir, si el individuo no ha tenido a lo largo de la vida una identidad relativamente sólida y si, en relación con ello, sus funciones en la familia y en la comunidad han sido inexistentes, esto no tiene por qué modificarse cuando se llega a viejo. Antes bien, estos elementos se intensifican y la personalidad se reorganiza alrededor de ellos.

Las mujeres parecen estar mejor equipadas para la vejez que los hombres. Creemos que ello tiene que ver con una socialización de género que tiene como eje, sobre todo, roles domésticos (ser esposa, madre, hija, nuera, etc.). Estamos hablando de mujeres que, salvo el caso de Rosa y Herminia, no tuvieron un rol económico en la familia y, además, en estos dos casos, la asunción del rol no es voluntaria, sino resultado de fallas en la tradicional función masculina: proveedor económico. La socialización de las mujeres, sobre todo en los años en los que crecieron los entrevistados, hacía énfasis (lo sigue haciendo) en la capacidad de servicio a los demás, en el vivir para los otros y, fundamentalmente, para el espacio doméstico en el que converge la familia. El cambio que representa la vejez, en estas condiciones, es mejor tolerado que en el caso de los hombres, que viven como un descenso social el fin de las funciones productivas y la reducción de la capacidad de decisión que esto conlleva.

En medio de las entrevistas tuvimos también contacto con algunos miembros jóvenes de las familias y resulta notable la distancia con la que ven la vejez de sus padres o familiares. Ninguno de ellos estuvo dispuesto a hablar de la propia vejez futura; existe mucha resistencia social a mirarse en el espejo de los viejos, lo cual es resultado de nuestras concepciones negativas de la vejez. Esto reduce la empatía con los viejos, a los cuales se ve como distintos a uno mismo. Curiosamente, nadie habló de la muerte, la cual parece no existir en nuestras sociedades.

En definitiva, los viejos que tienen interacción intergeneracional y cumplen algunas tareas sociales, llevan una vida mucho más llevadera que los asilados, se enferman menos, son más coherentes en el discurso oral, parecen tener un sentido claro de sí mismos. Esto no quiere decir que no vivan su vejez como un declive social, no sólo físico, pero permite inferir la importancia que tienen en nuestra sociedad los vínculos de solidaridad en las familias como "colchón" que amortigua algunas de las dimensiones más difíciles y angustiantes de la vejez.

En cuanto a la pertinencia de las ideas de A. Giddens en relación con la conjetura que nos planteábamos, pensamos que su aplicación puede ser fructífera empíricamente, sobre todo en el estudio de los casos de las personas que viven en instituciones, en la medida en que vemos en ellas un obvio empobrecimiento de las relaciones sociales, de la capacidad de interactuar con otros, una limitación severa de las dimensiones espacio/temporales de sus vidas cotidianas, un estrechamiento muy fuerte de su capacidad de decidir y un empobrecimiento del yo.

Creemos que una línea de investigación empírica muy interesante y prometedora sería indagar las estadísticas de la población mayor de sesenta años asilada en nuestro país, establecer si existe una tendencia al incremento del número de personas en este caso (lo cual es muy probable, por el simple hecho de que la población de más de 60 años crece más rápidamente que la de otros estratos etarios), comparar estas estadísticas con los cambios que ha experimentado la estructura de la familia en nuestro en cuanto a tamaño de la familia, aumento de segundas y terceras uniones, diversificación de la composición interna de los miembros de la familia (que llegan a combinar hijos de las primeras uniones con hijos de las uniones posteriores) y cambios en las formas de socialización y estilos de crianza en las familias. Una investigación de este tipo tendría que complementar la perspectiva disciplinaria con enfoques provenientes de la psicología social (como hace Giddens) y la antropología.

La generación adulta actual tiene frente a la vejez una actitud ambigua, al igual que la sociedad en su conjunto, como tratamos de argumentar en los primeros apartados del presente ensayo. Ello dificulta la experiencia de ser viejo en la sociedad mexicana. La generación adulta actual (que va, aproximadamente, de los treinta y cinco años a los cincuenta) fue socializada todavía en un conjunto de normas y valores que tenían hundidas buena parte de sus raíces en la tradición, en un entorno en el que los medios de comunicación de masas no habían penetrado tan profundamente la vida cotidiana (y, en general, los “sistemas expertos”), en el que el peso de las mujeres en la población económicamente activa no era tan grande, en el que la sociedad estaba menos escolarizada y en donde los viejos eran aún relativamente respetados (basta recordar para mostrar esto las reglas y normas escolares relacionadas con el respeto a los mayores) y en el que la familia era relativamente estable. Aún así, somos los miembros de esta generación los que hemos ido erosionando nuestra idea de los viejos. Por supuesto, ello se explica por una complicada conjunción de elementos sociales, culturales, psicológicos y subjetivos que aún están por investigar en la sociedad mexicana. Cabe preguntar ¿qué tipo de relación tendremos cuando estemos viejos con una generación cuya socialización temprana es tan distinta a la nuestra? ¿qué lugar ocuparemos socialmente?, ¿qué capacidad de decisión tendremos en la vida cotidiana?, ¿con base en qué elementos trataremos de reconstruir nuestra identidad?

La población infantil actual está siendo socializada en un entorno en el que los *sistemas expertos, las señales simbólicas y la reestructuración del tiempo y el espacio*, tienen mayor peso que en cualquier otro momento de las sociedades modernas. Ello ha implicado que las instancias socializadoras clásicas como la familia, la escuela, los grupos de amigos esté perdiendo peso frente a la televisión, las computadoras y los juegos electrónicos, que organizan prácticamente la totalidad del tiempo libre de los niños. Para esta generación, mas que para la nuestra, las concepciones acerca de la juventud, la belleza, el consumo, la utilidad, etc. son el eje de sus maneras de ver el mundo. Viven en familias en las cuales, con mucha frecuencia, trabajan ambos

progenitores o en familias de jefe único (femenino o masculino) y donde éstos han perdido peso como figuras de autoridad.

Si partimos de que las concepciones y representaciones sociales de la vejez actualmente, son complementarias (en subestimación y sobreestimación, respectivamente) de las que tenemos de la juventud, es pertinente, analíticamente, preguntarse *cómo se construyen y cómo nos socializamos, como sociedad, en estas representaciones*. Decíamos en la introducción de este ensayo que nuestro tema inicial era socialización y familia y que, gradualmente, nos fuimos acercando más al tema de la vejez. Parece que hemos trazado un círculo, por así decirlo, y en la conclusión de este trabajo hemos llegado nuevamente a la socialización, uno de los temas clásicos de la sociología.

La sociología mexicana se ha ocupado en las últimas décadas, sobre todo de problemas definidos a nivel estructural, tales como clases sociales, industrialización, condiciones de vida, autoritarismo, democracia, cultura política, urbanismo, etc. Pensamos que el momento disciplinario actual, caracterizado por la diversificación del espectro analítico, hace legítimo el pensar que también es posible ahora planteamos problemas que, sin desconocer la referencia a las estructuras, traten de investigar en un nivel más bien "micro" problemas como la socialización y la interacción alrededor de nuestras representaciones sociales de las distintas edades de la vida humana. Esta línea de investigación ha sido trabajada más por psicólogos sociales que por sociólogos, pero bien podemos volver, resignificándolos, a los temas clásicos de la sociología, avanzando así en la comprensión de la experiencia de ser viejo en nuestra sociedad. Este tipo de investigación aún no está elaborada y ello no deja de ser inquietante en un país en el que cada vez habrá más viejos y, muy probablemente, menos recursos económicos, culturales, sociales, afectivos y psíquicos para enfrentarlo como sociedad.

Por otra parte, como se señaló al inicio, el envejecimiento de la población mexicana es un proceso que apenas empieza a ser percibido como problema, y ello sólo en ámbitos institucionales restringidos que tienen a esta población como uno de sus ejes

fundamentales. Tal es el caso de organismos como el IMSS, el ISSSTE, el INSEN, CONAPO, por mencionar sólo los más importantes. Las políticas públicas de los últimos quince años han tenido como propósito el llamado “desmantelamiento” del estado asistencial, lo cual ha implicado como todo mundo sabe, una reducción severa del gasto destinado a rubros sociales como educación, alimentación, salud, jubilación, etc. Típicamente los gobiernos han definido sexenio tras sexenio a la población mexicana como una población fundamentalmente joven, lo es todavía cierto en el aquí y el ahora, pero no lo será a mediano plazo, como se argumentó antes. Esta definición de la población como “joven” ha supuesto una desatención de sectores “no relevantes”, lo cual no resulta raro en un país que, como el nuestro, tiene graves carencias de índole estructural que se manifiestan en distintas zonas de la vida social, como la economía, la educación, la cultura, el desarrollo político, etc.

En una situación de escasez permanente de recursos, de débil tradición democrática, de una cultura política que apenas empieza a ser construida, la población senecta tiene escasas posibilidades de ser atendida y representada en el nivel de las políticas públicas, que es dónde se tendrían que tomar las decisiones más adecuadas para enfrentar este problema. Esto no quiere decir que no existan esfuerzos provenientes de la propia sociedad; un buen ejemplo es el movimiento de los jubilados, pero es indudable que sin una voluntad política expresa de previsión y acción al respecto los viejos tienen frente a sí un panorama sumamente desfavorable.

Hace tiempo que quedó en claro que la sociología es una disciplina profesionalizada que ha dejado atrás las etapas iniciales de desarrollo en las que se pensó, a nivel latinoamericano, que produciría un saber comprometido con la sociedad, fuese esto en un sentido revolucionario o en una dirección modernizadora. Si en los años cincuenta se pensó que la sociología sería un conocimiento técnico al servicio del progreso y la modernización y en los sesenta una vía para la revolución, el severo cuestionamiento que en los últimos lustros han enfrentado sus saberes, sus pretensiones panexplicativas, así como la pérdida del “piso social” que la sustentaba en México (la actividad estatal

expansiva en las más diversas esferas de la vida pública) ha traído consigo la necesidad de una redefinición de sus límites políticos, conceptuales y profesionales, así como una diversificación interna de sus temas, objetos y especialidades. Esto no significa, empero, que nuestra disciplina tenga que abandonar su vocación crítica ni la posibilidad de proponer posibles alternativas a los problemas sociales que contribuye a identificar y, eventualmente, a explicar. Tampoco significa pensar ingenuamente que las relaciones entre política y ciencia social sean de compatibilidad ni ignorar que las decisiones públicas se toman sin tener como eje central el criterio de los científicos ni mucho menos.

En estas condiciones, la sociología tiene un papel limitado, pero significativo: contribuir al debate que los resultados de sus investigaciones pueden provocar. El trabajo sociológico es relevante, no sólo para la formulación de proyectos o propuestas prácticas, sino fundamentalmente para comprender las posibles consecuencias de las políticas que se toman en relación con las cuestiones sociales. Esto es, su función principal ante la sociedad es la crítica. No estamos en condiciones de plantear puntualmente alternativas de solución al problema que nos ocupa, puesto que sólo hemos realizado un acercamiento inicial al tema de investigación. Aún así, es evidente que las implicaciones futuras que tendrá -que tiene ya en algunos niveles de la sociedad- el envejecimiento de la población puede y debe empezar a ser atendido, aún en una situación de escasez de recursos. Más aún si consideramos que un problema tan compleja necesariamente ha de enfrentarse con una lógica multicausal que no puede reducirse a lo económico, dadas sus profundas implicaciones sociales, psicológicas y culturales.

Una vía que puede ser asequible en cualquier momento, es la educación y la sensibilización de la población hacia las necesidades de los viejos, en un sentido que trate de recomponer las redes de solidaridad intergeneracional que todavía hace poco tiempo eran comunes en las familias mexicanas. Por ejemplo, así como el DIF ha tenido recientemente como un eje importante de su comunicación pública la revalorización de la niñez y de las mujeres, en un intento de hacer contrapeso a la violencia intrafamiliar a

la que están sujetos estos sectores cotidianamente, el INSEN, el IMSS, el ISSSTE, CONAPO o la propia SEP, podrían incorporar en sus programas información que contribuya a dejar en claro que los problemas de los viejos son *sociales*, independientemente de que tengan una dimensión individual importante y que, en esa medida, son responsabilidad colectiva.

Independientemente de que nuestro país genere recursos económicos y políticos suficientes para enfrentar sus problemas más graves o no los genere, las nuevas generaciones tienen derecho a contar con elementos de formación en información que aumenten sus posibilidades de enfrentarse adecuadamente aun escenario externo incierto. Así como se les está educando, por ejemplo a nivel básico, en una conciencia ecológica (que nuestra generación no tuvo) que les lleva a cuestionar las prácticas de sus padres y adultos que los rodean (como fumar, tirar basura, no respetar las señales viales, etc.) también pueden tener acceso a elementos que les permitan percibir los problemas de interacción social a los que se enfrentarán en el futuro. El uso de los medios de comunicación, de los *sistemas expertos*, puede ser también una alternativa que posibilite que el conocimiento sociológico al respecto pueda ir integrándose al patrimonio de conocimiento del sentido común, contribuyendo así a la reflexividad social que Giddens define como una característica central de las sociedades modernas.

BIBLIOGRAFIA.

- ALEXANDER, J. (1990) *La teoría sociológica desde la II Guerra*, De. Gedisa.
BELAVAL, Y. (1987) *Empirismo, racionalismo e ilustración*, De. Siglo XXI.

ESTA TIRADA NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

- BIZE, P.R. (1976) **La tercera edad**, Eds. Mensajero, Bilbao.
- BOUVOIR, S. (1986) **La vejez**, De. Hermes.
- CASSIRER, E. (1988) **Filosofía de la Ilustración**, FCE.
- COHEN, I. (1996) **La teoría de la estructuración de Anthony Giddens**, UAM-Iztapalapa.
- COMTE, A. (1959) **Discurso sobre el espíritu positivo**, de. Aguilar.
- COLLINS, R. (1996) **Cuatro tradiciones sociológicas**, UAM-Iztapalapa.
- DUBY, G. (1987) **Año Mil**, Gedisa.
- DURKHEIM, E. **Las reglas del método sociológico**, De. Siglo XX.
- _____ (1995) **Año mil, año dos mil. La huella de nuestros miedos**. Andrés Bello.
- ERIKSON, E. (1973) **Infancia y Sociedad**, eds. Hormé.
- ESQUIVEL, M. y SANCHEZ, C. “**Condiciones de vida y política social para la población de la tercera edad**”, en Sociológica No. 29, UAM-A.
- FERRAROTI, F. (1980) **La teoría sociológica de Augusto Comte a Max Horkheimer**, Península.
- GIDDENS, A. (1990) **Consecuencias de la modernidad**, De. Alianza.
- _____ (1976) **Las nuevas reglas del método sociológico**, De. Amorrortu.
- _____ (1995) **Modernidad e identidad del yo**. De. Península.
- _____ (1997) “**Vivir en una sociedad postradicional**”, en Beck, Giddens, et. al. **Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno**, De. Alianza.
- GIDDENS, A. TURNER, et. al **La teoría social, hoy**, CNCA.
- HABERMAS, J. (1988) **Teoría de la acción comunicativa**, De. Taurus.
- HABERMAS, J. (1993) **La lógica de las ciencias sociales**, De. Rei.
- KOSELLECK, (1993) **Futuro Pasado**, Gedisa.
- KRASOIEVITCH, (1993) **Psicoterapia Geriátrica**, FCE.
- LASH C. (1984) **La familia: ¿santuario o institución asediada?**, Gedisa.
- LEVI, G. et. al. (1996) **Historia de los jóvenes**, De. Taurus.
- NISBET, R. (1996) **Historia de la idea de progreso**. Gedisa.

RAMOS OSUNA, F. (1987) **Las rebeliones indígenas en el siglo XIX en la región de Los Altos de Chiapas**, Tesis de Licenciatura en sociología, FCPYS-UNAM.

SCHULZ, (1992) **El envejecimiento de la población mundial**, ONU.

VILLAVICENCIO, J. (1995) **“La política habitacional y las alternativas de vivienda para los pobres en la Ciudad de México”**, en Sociológica No. 29, UAM.

VILLENA, F. (1996) **“Todo en familia? Notas sobre la organización de la reproducción cotidiana**, en Sociológica No. 32, UAM.

VON WRIGHT, G.(1979) **Explicación y Comprensión**, Alianza.